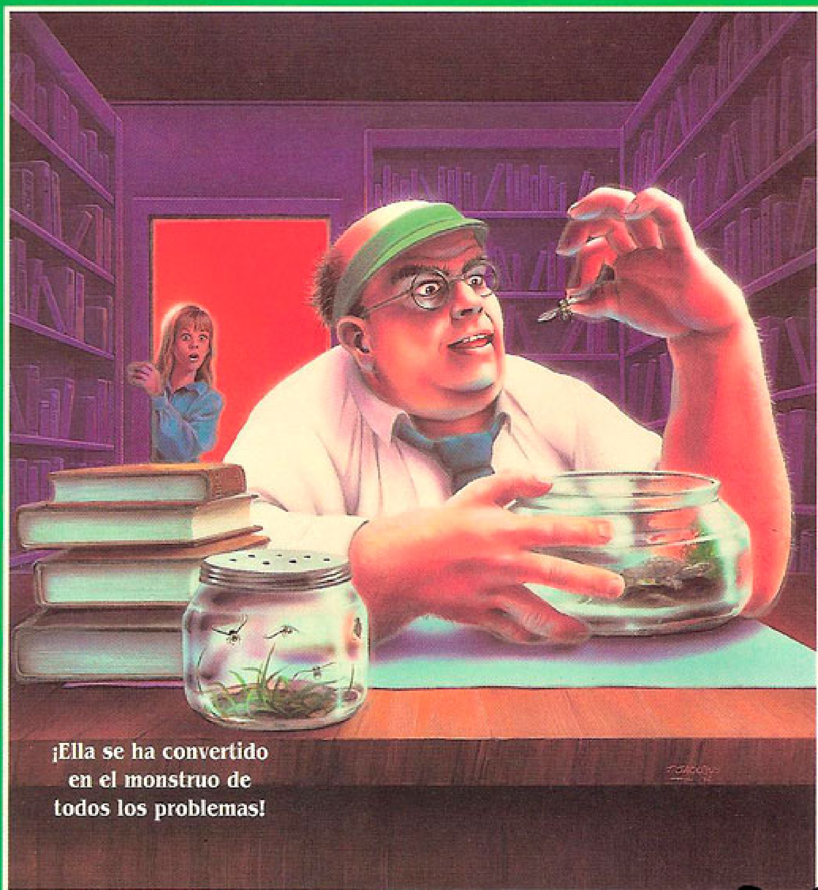
R.L. Stine

Pesadillas

Terror en la biblioteca



A lucy le gusta contar historias de monstruos. Ha contado tantas que sus amigos y su familia están hasta el gorro de ellas. Pero un día, Lucy descubre un monstruo real, un monstruo vivo: es el bibliotecario que se encarga del programa de lectura de verano. Para Lucy será un desastre haber contado tantas exageradas historias de monstruos.

Dice la verdad pero nadie le cree ni una palabra. Lo peor es que el monstruo sabe quién es ella… y anda tras sus pasos.



R. L. Stine

Terror en la biblioteca

Pesadillas — 9

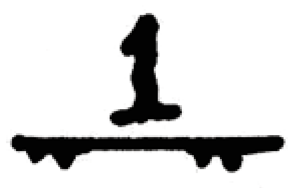
ePub r1.0

javinintendero 28.10.13

Título original: *Goosebumps #8: The Girl who cried Monster*
R. L. Stine, 1993
Traducción: Adolfo Martín

Editor digital: javinintendero
Digitalización de texto: siwan
ePub base r1.0





Me encanta asustar a mi hermano Randy. Le cuento historias de monstruos hasta que me pide que me calle. Yo siempre le tomo el pelo y le digo que veo monstruos por todas partes.

Supongo que por eso nadie me creyó el día que vi un monstruo de verdad, y supongo también que por eso nadie me hizo caso hasta que ya fue demasiado tarde y el monstruo se nos metió en casa. Pero será mejor que no empiece contando el final de mi relato…

Me llamo Lucy Dark. Tengo doce años. Vivo con mi hermano Randy, que tiene seis, y con mis padres en una casa de tamaño mediano en una ciudad también de tamaño mediano llamada Timberland Falls.

No sé por qué se llama Timberland Falls. Hay unos cuantos bosques en las afueras de la ciudad, pero nadie tala los árboles para aprovechar la madera. Y no hay ninguna catarata.

Entonces, ¿por qué ese nombre de Timberland Falls, que quiere decir algo así como «cataratas de la comarca maderera»? Misterio.

Nuestra casa es un edificio de ladrillo rojo situado al final de la calle. A un lado de la casa discurre un seto alto y tupido que separa nuestro jardín del de los Killeen. Papá siempre dice que debería podar el seto, pero nunca lo hace.

Delante hay un jardín pequeño y detrás otro bastante grande, con un montón de árboles muy altos. En medio hay un viejo sasafrás que da una sombra muy fresca. Cuando no tengo nada mejor que hacer, me gusta sentarme con Randy bajo el árbol y asustarlo hasta que se pone pálido y tembloroso. No me cuesta

demasiado, porque Randy se asusta con facilidad.

Aunque es pequeño, se parece mucho a mí. Tiene el pelo muy negro, como el mío, aunque yo lo llevo más largo. Es bajo para su edad, igual que yo, y más bien gordito. Tiene cara redonda, más redonda que la mía, y ojos grandes y negros que destacan mucho porque los dos tenemos la piel muy blanca.

A veces siento un poco de envidia cuando mamá dice que las pestañas de Randy son más grandes que las mías. De todos modos, mi nariz es más recta que la suya y los dientes no me asoman tanto como a él cuando sonrío, así que no me puedo quejar.

Bien, pues la cosa es que una calurosa tarde de hace un par de semanas, Randy y yo estábamos sentados bajo el viejo sasafrás mientras yo pensaba en la forma de aterrorizarlo.

La verdad es que no tenía nada mejor que hacer. La mayor parte de mis amigas se habían ido a pasar las vacaciones fuera de la ciudad, y yo me sentía bastante sola.

Por lo general estar con Randy es un rollo total, pero por lo menos tengo a alguien con quien hablar… y alguien a quien asustar.

Yo poseo mucha imaginación y puedo inventarme los monstruos más asombrosos y hacer que parezcan totalmente reales.

Mamá dice que tengo tanta imaginación que de mayor podría ser escritora. No sé si seré escritora o no, pero lo que sí sé es que no hace falta mucha imaginación para aterrorizar a Randy. Por lo general me basta con decirle que en el armario de su habitación hay un monstruo que se está probando su ropa, y Randy se pone más pálido que un muerto y empieza a temblar de pies a cabeza. Pobre Randy. Incluso puedo conseguir que le castañeteen los dientes. Es increíble.

Me recosté contra la parte suave del tronco del árbol, apoyé las manos sobre la hierba y cerré los ojos. Estaba inventándome una buena historia para contársela a mi hermano.

La hierba estaba blanda y húmeda bajo mis pies descalzos. Hundí los dedos de los pies en la tierra.

Randy llevaba pantalones cortos de tela azul resistente y una camiseta blanca sin mangas. Estaba echado de costado, arrancando hierbas con una mano.

—¿Has oído hablar alguna vez del comededos de Timberland Falls? —le pregunté, sacudiéndome una araña de los pantalones blancos de tenis.

—¿Qué? —Seguía arrancando hierbas y haciendo un montoncito con ellas.

—Me refiero a ese monstruo llamado el comededos de Timberland Falls.

—Oh, Lucy, por favor —gimió—. Dijiste que no volverías a inventar más historias de monstruos.

—¡Pero si no estoy inventando nada! —protesté—. Esto que te digo es verdad.

Levantó la vista hacia mí e hizo una mueca.

—Sí, seguro…

—De veras, Randy —insistí, sosteniendo la mirada de sus ojos negros y redondos para que viese que era sincera—. Esto que te digo sucedió de verdad. Aquí, en Timberland Falls.

Randy se incorporó hasta quedar sentado.

—Me parece que me voy adentro a leer cómics —dijo, arrojando un puñado de hierba.

Randy tiene una gran colección de cómics, pero todos son de Disney y de *Archie*, porque los de superhéroes le dan demasiado miedo.

—El comededos apareció un día en la casa de al lado —dije a Randy. Sabía que en cuanto empezara a contarle la historia, él ya no se marcharía.

—¿En casa de los Killeen? —preguntó con ojos desencajados.

—Sí. Llegó en plena tarde. El comededos no es un monstruo nocturna, ¿sabes? Es un monstruo diurno. Ataca cuando el sol está muy alto, como ahora.

A través de las relucientes hojas del árbol señalé hacia el sol, que resplandecía en el despejado cielo azul.

—¿Un monstruo di… diurno? —preguntó Randy. Volvió la cabeza para mirar a la casa de los Killeen, que se alzaba al otro lado del seto.

—No te asustes. Eso fue hace un par de veranos —continué—. Becky y Lilah estaban allí, bañándose en esa piscinita de plástico hinchable que les pone su madre, esa piscinita de la que siempre se

derrama la mitad del agua.

—¿Y llegó un monstruo? —preguntó Randy.

—Un comededos —le respondí con cara muy seria y bajando la voz hasta reducirla a un susurro—. Un comededos llegó arrastrándose por su jardín de atrás.

—¿De dónde salió? —preguntó Randy, inclinándose hacia delante.

Me encogí de hombros.

—Nadie lo sabe. Es lo que tienen los comededos, que resulta muy difícil verlos cuando se arrastran por entre la hierba, porque adoptan exactamente el mismo color que la hierba.

—¿Quieres decir que son verdes? —preguntó Randy, al tiempo que se frotaba la nariz.

Negué con la cabeza.

—Sólo son verdes cuando se deslizan sobre la hierba —respondí—. Toman el color de la superficie sobre la que se mueven, así que no puedes verlos.

—¿Y son grandes? —preguntó pensativamente Randy.

—Sí —respondí—. Más grandes que un perro. —Vi que una hormiga me subía por la pierna y me la quité de un manotazo—. Nadie sabe realmente lo grandes que son porque se camuflan muy bien con lo que les rodea.

—¿Y qué pasó? —preguntó Randy con un hilo de voz—. Me refiero a Becky y Lilah. —Volvió de nuevo la vista hacia la casa de pizarra gris de los Killeen.

—Bueno, pues estaban chapoteando en su piscinita de plástico —continué—. Por lo visto Becky estaba tumbada de espaldas, con los pies colgando por fuera de la piscina, y entonces el monstruo invisible se acercó deslizándose sobre la hierba y vio los dedos de los pies de Becky, que se movían en el aire.

—¿Y Becky no vio al monstruo? —preguntó Randy.

Me di cuenta de que estaba empezando a ponerse pálido y a temblar.

—Es difícil ver a los comededos —respondí, sin apartar los ojos de los de Randy y con cara muy seria y solemne.

Hice una profunda inspiración, dejé escapar lentamente el aire para darle más emoción a la cosa y proseguí con la historia.

—Al principio Becky no se dio cuenta de nada. Luego sintió una especie de cosquilleo. Pensó que era el perro que le estaba lamiendo los dedos de los pies. Agitó la pierna y le dijo al perro que se fuera, pero las cosquillas empezaron a resultar dolorosas. Becky le gritó al perro que la dejara en paz. Parecía como si el perro le estuviese mordisqueando los dedos de los pies con dientes muy afilados. El dolor fue haciéndose insoportable, así que Becky se sentó y metió los pies en la piscina, y cuando se miró el pie izquierdo… lo vio.

Guardé silencio y esperé a que Randy preguntara.

—¿Qué… qué vio? —preguntó finalmente con voz trémula.

Me incliné hacia delante y le puse los labios junto al oído.

—Le faltaban todos los dedos del pie izquierdo —susurré.

—¡No! —gritó Randy. Se puso en pie de un salto. Estaba blanco como el papel y parecía realmente asustado—. ¡No es verdad!

Afirmé solemnemente con la cabeza, haciendo un esfuerzo por mantenerme seria.

—Dile a Becky que se descalce el pie izquierdo y lo verás.

—¡No! ¡Estás mintiendo! —gimió Randy.

—Díselo —repuse suavemente.

Y entonces me miré los pies y se me desencajaron los ojos de horror.

—Ra… Randy…, mira —tartamudeé, y me señalé los pies con mano temblorosa.

Randy lanzó un alarido ensordecedor cuando vio lo que yo le señalaba. Todos los dedos de mi pie izquierdo habían desaparecido.

2

—¡Ahhhh!

Randy lanzó otro grito de terror. Luego echó a correr a toda velocidad hacia la casa, llamando a mamá. Yo fui tras él. No quería tener problemas por haberle asustado otra vez.

—¡Espera, Randy! ¡Espera! ¡Estoy bien! —grité, riendo.

Naturalmente, había metido los dedos de los pies entre la tierra, pero Randy estaba demasiado asustado para darse cuenta.

—¡Espera! —grité—. ¡No te he enseñado el monstruo del árbol!

Al oír aquello se detuvo y se volvió a mirarme, con la cara desencajada todavía por efecto del miedo.

—¿Qué?

—Hay un monstruo en la copa del árbol —dije, señalando el sasafrás bajo el que habíamos estado sentados—. Un monstruo de árbol, yo lo he visto.

—¡No te creo! —gritó, y echó a correr de nuevo en dirección a la casa.

—¡Si vienes te lo enseño! —dije haciendo bocina con las manos para que me oyese.

No miró hacia atrás. Le vi subir a trompicones los escalones que llevaban a la puerta trasera y desaparecer en el interior de la casa. La puerta de rejilla se cerró de golpe tras él.

Me quedé mirando hacia la casa, esperando que Randy asomara de nuevo su cara asustada, pero no lo hizo.

Me eché a reír. El comededos era una de mis mejores creaciones, y aquello de esconder los dedos de los pies entre la tierra y fingir

que el monstruo me los había comido a mí también había sido un golpe de efecto genial.

Pobre Randy. Era una víctima demasiado fácil. Ahora seguramente estaría en la cocina, contándoselo todo a mamá. Eso significaba que no tardaría en caerme otro sermón sobre lo mal que estaba asustar a mi hermano pequeño y llenarle la cabeza de historias de monstruos. Pero, ¿en qué otra cosa podía entretenerme?

Continué allí, mirando hacia la casa, esperando que me llamaran. De pronto, una mano me agarró con fuerza el hombro.

—¡Ya te tengo! —gruñó una voz.

—¡Oh! —chillé, dando un respingo de terror.

¡Un monstruo! Giré en redondo y me encontré ante el rostro de mi amigo Aaron Messer, que se retorció de risa hasta que se le saltaron las lágrimas.

Fruncí el ceño y meneé la cabeza.

—No me has asustado —dije para disimular.

—Oh, claro que no —replicó él haciendo rodar sus ojos azules—. Por eso te has puesto a gritar pidiendo socorro.

—No he gritado pidiendo socorro —protesté—. Sólo he lanzado una pequeña exclamación de sorpresa. Eso es todo.

Aaron rió entre dientes.

—Creías que era un monstruo. Reconócelo.

—¿Un monstruo? —exclamé con tono burlón—. ¿Por qué iba a creer semejante cosa?

—Porque siempre estás pensando en lo mismo —respondió él afectadamente—. Estás obsesionada.

—Obsesionada… oh, qué cosa —me burlé.

Me hizo una mueca. Aaron es el único de mis amigos que se ha quedado aquí este verano. Dentro de unos meses sus padres se lo llevarán a algún lugar del oeste, pero mientras tanto anda por aquí y me hace compañía.

Aaron es un palmo más alto que yo, como todos. Tiene el pelo rojizo y muy rizado y la cara llena de pecas. Es muy delgado y lleva pantalones muy anchos, que le hacen parecer más delgado aún.

—¿Por qué ha entrado Randy en casa corriendo y gritando como un loco? —preguntó Aaron.

Vi que Randy nos miraba desde la ventana de la cocina.

—Creo que ha visto un monstruo —expliqué a Aaron.

—¡No me vengas otra vez con monstruos! —exclamó Aaron. Me empujó amistosamente—. ¡Venga ya!

—Hay uno en la copa de ese árbol —afirmé con toda seriedad, señalando hacia arriba.

Aaron se volvió para mirar.

—Estás de guasa —dijo sonriendo.

—No, de veras —insistí—. Hay un monstruo horrible. Creo que se ha quedado atrapado entre las ramas.

—¡Basta, Lucy! —exclamó Aaron.

—Eso es lo que vio Randy —continué—. Eso es lo que le hizo echar a correr hacia casa.

—Tú ves monstruos por todas partes —replicó Aaron—. ¿No te cansas nunca?

—Esta vez no bromeo —aseguré. Me temblaba la barbilla y mi cara reflejó una expresión de miedo horrible mientras miraba por encima del hombro de Aaron hacia el corpulento y frondoso sasafrás—. Te lo voy a demostrar.

—Claro, por supuesto —replicó Aaron con su habitual sarcasmo.

—Ya verás, coge esa escoba. —Señalé la escoba apoyada contra la pared de la casa.

—¿Para qué? —preguntó Aaron.

—Coge la escoba —insistí—. A ver si conseguimos hacer bajar al monstruo del árbol.

—¿Y por qué tenemos que hacer eso? —objetó Aaron. Parecía indeciso y me di cuenta de que empezaba a considerar que yo estuviera hablando en serio.

—Para que me creas —respondí con voz grave.

—Yo no creo en monstruos —replicó—. Tú lo sabes, Lucy. Las historias de monstruos te las puedes guardar para Randy, que es un crío.

—¿Me creerás si cae uno de ese árbol? —pregunté.

—No va a caer nada de ese árbol, como no sea unas cuantas hojas.

—Coge la escoba y vamos a verlo.

—Está bien. De acuerdo. —Se fue trotando hacia la casa.

Le cogí la escoba cuando regresó con ella.

—Vamos —dije, echando a andar hacia el árbol—. Espero que no se haya marchado el monstruo.

Aaron hizo rodar los ojos.

—Parece mentira que te siga la corriente, Lucy. Eso quiere decir que estoy más aburrido que una ostra.

—Como el monstruo siga todavía ahí arriba, dentro de un momento no vas a estar aburrido —prometí.

Penetramos en la zona cubierta por la sombra del árbol. Me acerqué al tronco y levanté la vista hacia las frondosas ramas.

—Estáte quieto ahí. —Le puse la mano en el pecho para impedir que se acercase—. Podría ser peligroso.

—No me vengas con tonterías —murmuró por lo bajo.

—Voy a sacudir la rama para hacerlo caer.

—Vamos a ver si lo entiendo —dijo Aaron—. ¿Esperas que me crea que vas a sacudir la rama con la escoba y que un monstruo va a caer rodando al suelo?

—Desde luego. —Vi que el mango de la escoba no era lo bastante largo—. Tendré que trepar un poco —le dije a Aaron—. Tú vigila bien.

—Oh, estoy temblando. ¡Tengo muuuchísimo miedo! —se burló Aaron.

Me agarré al tronco del árbol y subí hasta la rama más baja. Tardé un poco porque me estorbaba la escoba que llevaba en una mano.

—¿Ves algún horrible monstruo ahí arriba? —preguntó Aaron con tono de guasa.

—Está ahí —respondí con voz temblorosa—. Está atrapado ahí arriba. Creo que está… muy enfadado.

Aaron soltó una risita.

—¡Qué tonta eres!

Me icé hasta quedar arrodillada en la rama. Luego levanté la escoba. La levanté hasta la rama siguiente. Más arriba. Más arriba. Después, agarrándome al tronco con la mano libre, alcé la escoba todo lo que pude y golpeé con ella la rama. ¡Premio!

Bajé inmediatamente los ojos para ver a Aaron, que lanzó un impresionante aullido de terror cuando el monstruo cayó del árbol y fue a parar directamente sobre su pecho.

3

Bueno, en realidad no era un monstruo lo que chocó con un ruido sordo contra el pecho de Aaron. Era un viejo nido construido dos primaveras atrás por algunos arrendajos azules, pero Aaron no se lo esperaba y se llevó un buen susto.

—¡Ahí tienes! —proclamé después de bajar del árbol.

Me miró con el ceño fruncido. Se le había puesto la cara completamente roja, lo que daba un extraño aspecto a sus pecas.

—Tú y tus monstruos —murmuró.

Eso fue exactamente lo que me dijo mamá unos diez minutos después. Aaron se había ido a su casa y yo estaba en la cocina, cogiendo un zumo del frigorífico.

Como no podía ser por menos, mamá apareció en la puerta y me miró con ojos helados y expresión sombría. Me di cuenta al instante de que se disponía a soltarme su sermón de «No asustes a Randy».

Me recosté contra la repisa y fingí escuchar. La idea básica del sermón consistía en que mis historias de terror le estaban causando un daño permanente a mi delicado hermano, y que yo debería animar a Randy a mostrarse valiente en lugar de aterrarle con la idea de que los monstruos acechaban por todas partes.

—¡Pero mamá, esta mañana he visto un monstruo de verdad debajo del seto! —exclamé.

El caso es que no sé por qué dije eso. Supongo que sólo quería interrumpirle el rollo.

Mamá puso cara de exasperación. Levantó las manos y suspiró. Mamá tiene el pelo liso, negro y reluciente, como Randy y yo, ojos

verdes, de gato, y nariz pequeña y felina. Siempre que me suelta uno de sus sermones, acabo imaginándomela como un gato a punto de saltar.

No me interpretéis mal. Es muy guapa, y además es una madre estupenda.

—Esta noche voy a hablar de esto con tu padre —dijo—. Tu padre cree que esta obsesión tuya por los monstruos es simplemente una etapa pasajera, pero yo no estoy tan segura.

—La vida no es más que una etapa pasajera —repuse con suavidad.

Me pareció una observación bastante inteligente, pero ella me lanzó una mirada feroz.

Me recordó entonces que si no me daba prisa llegaría tarde a mi entrevista de los Jóvenes Lectores.

Miré el reloj. Tenía razón. Estaba citada para las cuatro en punto.

Los Jóvenes Lectores es un programa veraniego de lectura que se desarrolla en la biblioteca municipal y al que mamá y papá me hicieron apuntarme. Dijeron que no querían que desperdiciara todo el verano y que si participaba en aquella cosa de la biblioteca, por lo menos leería buenos libros.

Así que una vez a la semana tengo que ir a ver al señor Mortman, el bibliotecario, para informarle brevemente y responder a las preguntas que quiera hacerme sobre el libro que he leído esa semana. Por cada libro que le comento me gano una estrella de oro.

Si reúno seis estrellas, me dan un premio. Creo que el premio es un libro. Demasiado, ¿no? Pero la cosa es hacerle leer a una.

Yo pensaba que leería algunas de las novelas de miedo y misterio que leen todos mis amigos, pero qué va. El señor Mortman insiste en que todo el mundo lea clásicos, o sea libros antiguos.

—Voy a ir patinando —le dije a mamá, y corrí a mi cuarto para coger los patines.

—¡Más vale que vayas volando! —me gritó ella—. ¡Parece que va a llover!

Siempre me estaba dando el parte meteorológico.

Pasé por delante del cuarto de Randy, que estaba a oscuras, con todas las luces apagadas y las persianas echadas. Mi hermano

jugaba con el Super Nintendo, como de costumbre.

Cuando terminé de ponerme los patines y de ajustarme las correas, me quedaban sólo cinco minutos para llegar a la biblioteca. Por suerte sólo estaba a seis o siete manzanas de casa.

Lo cierto es que me encontraba en un apuro. No había conseguido leer más que cuatro capítulos de *Huckleberry Finn*, mi libro de aquella semana. Eso significaba que iba a tener que improvisar con el señor Mortman.

Cogí el libro del estante en que lo había dejado. Era un ejemplar nuevo de tapas flexibles. Arrugué algunas de las últimas páginas para que pareciese que había leído todo el libro. Me lo metí en la mochila, junto a un par de zapatillas. Luego bajé la escalera —cosa nada fácil con patines— y me dirigí a la biblioteca municipal de Timberland Falls.

La biblioteca estaba en una destartalada casa en el borde del bosque de Timberland. La casa había pertenecido a un viejo y excéntrico ermitaño que al morir dejó su casa a la ciudad, puesto que no tenía familia, y el Ayuntamiento la convirtió en biblioteca.

Algunos chicos decían que se trataba de una casa encantada. Aunque eso lo decían de todas las casas viejas y ruinosas, lo cierto es que la biblioteca parecía una casa realmente encantada.

Tenía tres pisos, con un puntiagudo tejado de pizarra oscura flanqueado por dos torrecillas de piedra, y se hallaba como escondida entre los árboles. Siempre estaba en sombra y siempre hacía frío en su oscuro interior.

La vieja tarima crujía bajo la delgada moqueta que había puesto el Ayuntamiento. Las altas ventanas dejaban entrar muy poca luz, y las viejas estanterías de madera llegaban casi hasta el techo. Cuando pasaba por los estrechos pasillos que quedaban entre las altas y oscuras estanterías, siempre tenía la impresión de que se me iban a caer encima.

Me aterraba la idea de quedar allí sepultada para siempre en la oscuridad bajo una tonelada de libros viejos, polvorientos y mohosos, aunque esa idea era una estupidez, por supuesto.

Se trataba sólo de una casa muy vieja, muy oscura y húmeda, llena de grietas, con polvo y telarañas por todas partes.

Supongo que el señor Mortman hacía todo lo que podía, aunque

también él echaba para atrás. Lo que más detestábamos todos los chicos era que siempre tenía las manos húmedas. Te miraba con unos ojillos que parecían cuentas de azabache brillando en su rechoncha y calva cabeza, sonreía, alargaba el brazo y te estrechaba la mano. ¡La suya siempre estaba completamente húmeda!

Cuando volvía las páginas de los libros, dejaba en las esquinas las huellas húmedas de sus dedos.

En su mesa siempre había pequeños charquitos de sudor y huellas de dedos en la carpeta de cuero.

Era bajo, gordito, de calva reluciente y ojos negros y diminutos. Parecía un topo, un topo de zarpas húmedas.

Hablaba con voz aguda y rasposa. Casi siempre cuchicheaba. No era mala persona. Daba la impresión de que le gustaban los niños, y desde luego se lo pasaba bien entre los libros.

Era un tipo raro, sencillamente. Se sentaba en un alto taburete de madera que le obligaba a encorvarse sobre su enorme mesa. A un lado tenía una cazuela de aluminio con unos tres centímetros de agua en la que evolucionaban unas cuantas tortugas pequeñas. «Mis tímidas amigas», le oí decir en una ocasión.

A veces cogía una y la levantaba en el aire, sujetándola con sus dedos rechonchos hasta que el animalito se encogía dentro de su caparazón. Entonces la volvía a depositar con suavidad en el agua mientras sonreía plácidamente.

Adoraba a sus tortugas. Supongo que eran buenos animalitos de compañía, pero lo cierto es que apestaban bastante. Yo siempre procuraba sentarme al otro lado de la mesa, lo más lejos posible de las tortugas.

Bueno, pues me fui patinando a la biblioteca tan rápidamente como pude. Llevaba un retraso de sólo unos minutos cuando llegué a la fresca sombra que cubría el camino de acceso a la biblioteca. El cielo se estaba nublando. Me senté en los escalones de piedra y me quité los patines. Después me puse las zapatillas y crucé la puerta de entrada, con los patines en la mano.

Caminé por entre las altas y estrechas estanterías de la sala de lectura, dejé los patines apoyados contra la pared y me dirigí con paso rápido hacia la mesa del señor Mortman.

Al oír mis pisadas levantó al instante la vista del montón de

libros en los que estaba estampando un sello grande de caucho. La luz del techo hacía brillar su calva como si fuese una lámpara. Sonrió.

—Hola, Lucy —dijo con su voz chirriante—. Enseguida estoy contigo.

Contesté a su saludo y me senté en la silla plegable situada delante de su mesa, mirando cómo sellaba los libros. Llevaba un jersey de cuello alto que le daba un enorme parecido con sus tortugas.

Finalmente, después de mirar el gran reloj de pared cuyo sonoro tictac se extendía por toda la sala, se volvió hacia mí.

—¿Qué has leído esta semana, Lucy? —Al inclinarse hacia mí sobre la mesa pude ver las húmedas huellas de sus dedos sobre la superficie oscura.

—*Huckleberry Finn.* —Saqué el libro de la mochila y lo dejé caer sobre mi regazo.

—Sí, sí. Un libro maravilloso —comentó el señor Mortman posando sus ojos en él—. ¿No estás de acuerdo?

—Sí —me apresuré a responder—. Me ha gustado mucho. No… no podía dejarlo.

Era cierto. ¿Cómo iba a dejarlo si no lo cogía nunca?

—¿Qué es lo que más te ha gustado de *Huckleberry Finn* ? —preguntó el señor Mortman, dirigiéndome una sonrisa de expectación.

—Pues… las descripciones —respondí.

Llevaba una estrella de oro en el bolsillo de la camiseta, y un nuevo libro en la mochila: *Frankenstein*, de Mary Shelley.

Tal vez se lo lea en voz alta a Randy, pensé malévolamente. ¡Seguro que eso le haría castañetear los dientes durante una temporada!

El sol del atardecer se había ocultado tras unos negros nubarrones que amenazaban lluvia. Había recorrido ya casi todo el camino hasta casa, cuando de pronto me di cuenta de que había olvidado los patines. Di media vuelta y regresé. No estaba segura de a qué hora cerraba la biblioteca. Me había parecido que el señor Mortman estaba completamente solo. Esperaba que no hubiera cerrado ya. No quería dejar mis patines nuevos allí toda la noche.

Me detuve y levanté la vista hacia la vieja biblioteca. Desde la sombra, sus oscuras ventanas parecieron devolverme la mirada como otros tantos ojos negros y fijos.

Subí los escalones de piedra y vacilé con la mano sobre la puerta. Sentí un repentino escalofrío, una extraña sensación, la sensación de algo maligno.

Me ocurre a veces. Una. señal, un momento de desasosiego, como si estuviera a punto de suceder algo malo.

Ahuyenté la idea, empujé la puerta rechinante y me adentré en la siniestra oscuridad de la biblioteca.

4

Mientras me dirigía a la sala de lectura, las sombras danzaban sobre la pared, y la rama de un árbol golpeaba ruidosamente contra el polvoriento cristal de una ventana.

La biblioteca se hallaba sumida en el silencio más absoluto, interrumpido tan sólo por el crujido de la tarima bajo mis zapatillas. Al entrar en la sala oí el uniforme tictac del reloj de pared.

Todas las luces estaban apagadas.

Me pareció sentir que algo se deslizaba por encima de mi zapatilla. ¿Un ratón? Me detuve en seco y bajé la vista. Era sólo una bola de pelusa adherida a la base de un estante.

Jo, Lucy, me reñí a mí misma. No es más que una biblioteca vieja y llena de polvo. No hay nada misterioso en ella. No dejes que se te desboque la imaginación y te cree problemas.

¿Problemas?

Seguía sintiendo aquella extraña sensación. Unas suaves pero persistentes molestias en el estómago. Una opresión en el pecho.

Algo no marcha. Algo malo va a ocurrir. La gente lo llama «premonición». Es una palabra apropiada para designar lo que yo estaba sintiendo en aquel momento.

Encontré los patines donde los había dejado, apoyados contra la pared junto a los estantes del fondo. Los cogí, deseosa de largarme de aquel lugar oscuro y siniestro.

Me dirigí rápidamente hacia la puerta, esta vez caminando de puntillas, no sé por qué. De pronto un ruido me hizo detenerme.

Contuve el aliento y escuché con atención. Era sólo una tos. Al atisbar por el estrecho pasillo vi al señor Mortman encorvado sobre su mesa. Bueno, en realidad sólo podía verle un brazo y un lado de la cara cuando se inclinaba hacia la izquierda.

Yo seguía conteniendo el aliento.

El reloj emitía su sonoro tictac al otro lado de la sala. Detrás de la mesa, la cara del señor Mortman se movía entrando y saliendo de las sombras purpúreas y azuladas.

Los patines se tornaron de repente muy pesados. Los dejé silenciosamente en el suelo. Luego me venció la curiosidad y di unos pasos hacia delante.

El señor Mortman empezó a canturrear por lo bajo. No reconocí la canción.

Las sombras se fueron intensificando a medida que yo me acercaba. Atisbé por el oscuro pasillo y vi que sostenía un gran tarro de cristal en sus manos gordezuelas. Estaba ya lo bastante cerca para distinguir la apacible sonrisa que le cubría la cara.

Me acerqué más, manteniéndome oculta entre las sombras.

Me gusta espiar a la gente. Resulta emocionante, aunque no hagan nada de especial interés. El mero hecho de saber que los estás mirando sin que ellos se den cuenta ya es excitante.

El señor Mortman sostuvo el tarro delante de su pecho y empezó a desenroscar la tapa, canturreando.

—Unas sabrosas moscas, mis tímidas amigas —anunció con su aguda vocecilla.

Vaya, el tarro estaba lleno de moscas.

De pronto se intensificó la oscuridad de la sala cuando unas nubes cubrieron el sol del atardecer. La luz que entraba por la ventana fue palideciendo y unas sombras grises avanzaron sobre el señor Mortman y su enorme mesa como si lo envolviesen en la oscuridad.

Desde mi escondite entre los estantes lo vi disponerse a dar de comer a sus tortugas.

Pero, un momento. Algo marchaba mal. Mi premonición se estaba haciendo realidad. ¡Estaba sucediendo algo extraordinario!

Mientras intentaba desenroscar la tapa del tarro, la cara del señor Mortman empezó a cambiar. Su cabeza se elevó sobre el

cuello del jersey y empezó a aumentar de tamaño, como un globo al hincharse.

Contuve una exclamación al ver cómo sus ojos se hacían cada vez más grandes hasta adquirir el tamaño de dos pomos de puerta. Parecía que fueran a salírsele de las órbitas.

La luz que entraba por la ventana se hizo más pálida aún. La sala entera se hallaba sumida en espesas sombras que giraban y se bamboleaban. No podía ver muy bien. Era como si estuviese mirando a través de una densa niebla.

El señor Mortman continuaba canturreando aunque su cabeza seguía palpitando y balanceándose sobre sus hombros, y los ojos se proyectaban hacia fuera como las antenas de un insecto.

Entonces su boca empezó a contorsionarse y a crecer hasta abrirse de par en par, como un enorme boquete negro en la cabeza gigantesca y bamboleante.

El señor Mortman cantaba más alto ahora. Un sonido fantasmal, aterrador, como el aullido escalofriante de un animal.

Terminó de desenroscar la tapa y la dejó caer con un fuerte ruido sobre la mesa.

Me incliné hacia delante, entrecerré los ojos y advertí que el señor Mortman metía la mano en el tarro, desde el que llegaba un confuso zumbido, y la sacaba con un puñado de moscas.

Vi que los ojos se le dilataban más aún. Vi su boca, un descomunal boquete negro.

Detuvo un instante la mano sobre la cazuela en que estaban las tortugas. Entonces vi las moscas, puntos negros que le cubrían el dorso de la mano, la palma, los cortos y gruesos dedos.

Pensé que iba a bajar la mano hacia la cazuela de aluminio, que iba a dar de comer a las tortugas, pero en lugar de ello se metió las moscas en la boca. Cerré los ojos y me llevé la mano a la boca para no vomitar o gritar. Contuve el aliento, pero el corazón me latía violentamente.

Las sombras oscilaban y saltaban. La oscuridad parecía flotar a mi alrededor.

Abrí los ojos. El señor Mortman se estaba metiendo otro puñado de moscas en la boca, tragándoselas enteras.

Sentí deseos de gritar, de huir.

El señor Mortman era un monstruo, no cabía duda alguna.



Las sombras parecieron disiparse. Se iluminó el cielo que se veía por la ventana, y un triángulo de luz grisácea cayó sobre la mesa del señor Mortman.

Al abrir los ojos me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Sentía como si me fuera a estallar el pecho. Dejé escapar lentamente el aire e hice otra profunda inspiración.

Luego, sin volver a mirar hacia el frente de la sala, di media vuelta y eché a correr. Mis zapatillas golpeaban con ruido las crujientes tablas del suelo, pero no me importaba. Tenía que salir de allí cuanto antes. Crucé de un salto la puerta, bajé los escalones de piedra y seguí por el camino de grava. Corría a toda velocidad, moviendo rápidamente los brazos a los costados y con el pelo flotando en el aire.

No me detuve hasta que hube recorrido una manzana.

Entonces me senté en el bordillo de la acera y esperé a que el corazón dejara de galoparme en el pecho.

Densas nubes cubrieron de nuevo el sol. El cielo adquirió una fantasmal tonalidad negroamarillenta. Pasó una camioneta. Unos chicos encaramados en la trasera me llamaron, pero yo no levanté la cabeza.

Seguía viendo una y otra vez la siniestra escena de la biblioteca.

«El señor Mortman es un monstruo.» Las palabras se repetían sin cesar en mi mente. No puede ser, pensé, mirando los negros nubarrones que se cernían a baja altura. Estaba viendo visiones. Tenía que ser eso. Todas aquellas sombras de la biblioteca… Toda

aquella oscuridad que giraba arremolinada… Era una ilusión óptica. Era mi imaginación desenfrenada. Era un sueño, una estúpida fantasía.

«¡No!», gritó una fuerte voz dentro de mi cabeza.

No, Lucy, tú has visto hincharse la cabeza del señor Mortman. Tú has visto crecer sus ojos como horribles hongos en su cara bamboleante y proyectarse hacia fuera. Tú le has visto meter la mano en el tarro de moscas. Tú le has oído canturrear alegremente. Tú le has visto meterse las moscas en la boca. Y no sólo un puñado, sino dos. Y quizás está todavía allí, dándose el atracón. Estaba oscuro, Lucy. Había sombras. Pero tú viste lo que viste. Lo viste todo. El señor Mortman es un monstruo.

Me puse en pie. Sentí una fría gota de lluvia en la cabeza.

—El señor Mortman es un monstruo —exclamé en voz alta.

Tenía que decírselo cuanto antes a papá y a mamá. «El bibliotecario es un monstruo.» Eso es lo que les diría. Se sentirían horrorizados, naturalmente. ¿Quién no?

Al notar que me caía otra gota en la cabeza y luego otra más en el hombro, eché a correr hacia casa, pero cuando había recorrido media manzana me detuve. ¡Los estúpidos patines! Había vuelto a dejármelos en la biblioteca.

Di media vuelta. Una ráfaga de viento me arrojó el pelo contra la cara. Me lo eché hacia atrás con las dos manos. Estaba pensando intensamente, tratando de tomar una decisión.

La lluvia resonaba suavemente contra el pavimento de la calle. Resultaba agradable sentir el frescor de las gotas de lluvia en la cara.

Decidí volver a la biblioteca a recoger los patines. Esta vez haría mucho ruido. Me cercioraría de que el señor Mortman sabía que yo estaba allí. Si me oía llegar, pensé, se comportaría de una manera normal. No comería moscas delante de mí, no dejaría que los ojos se le saliesen de las órbitas y que la cabeza se le hinchase de aquel modo. ¿O sí?

Me detuve al ver de nuevo la biblioteca. Titubeé mientras miraba el viejo edificio a través de la lluvia. Quizá debiera esperar y volver mañana con papá. ¿No sería eso más prudente? No. Decidí que quería mis patines. Y los iba a recoger. Siempre he sido

bastante valiente.

Una vez que entró un murciélago en casa, fui yo quien se puso a gritar y lo echó con un cazamariposas. No me dan miedo los murciélagos, ni las serpientes, ni las sabandijas.

—Ni los monstruos —dije en voz alta.

Mientras me aproximaba a la biblioteca entre la lluvia que caía suavemente a mi alrededor, seguía diciéndome que debía hacer mucho ruido. Asegúrate de que el señor Mortman sabe que estás ahí, Lucy. Llámale. Dile que has vuelto porque te has olvidado los patines. Él no dejará que veas que es un monstruo si sabe que estás ahí. No te hará daño ni nada si le avisas.

Continué tranquilizándome durante todo el camino hasta llegar al viejo y sombrío edificio. Subí con pasos vacilantes los escalones de piedra. Luego, haciendo una profunda inspiración, agarré el pomo de la puerta.

6

Hice girar el pomo y empujé, pero la puerta no se abrió. Lo intenté de nuevo varias veces hasta que comprendí que tenía echada la llave. La biblioteca estaba cerrada.

La lluvia caía con suave golpeteo sobre la hierba mientras me dirigía a la ventana de la parte delantera. Estaba un poco alta y tuve que izarme a pulso sobre el alféizar para mirar al interior. Oscuridad. Oscuridad absoluta.

Me sentí aliviada y decepcionada al mismo tiempo. Yo quería recuperar mis patines, pero desde luego no quería entrar allí.

—Los recogeré mañana —dije en voz alta.

Salté al suelo. Comenzaba a arreciar la lluvia y el viento soplaba con más fuerza.

Eché a correr y mis zapatillas chapoteaban sobre la húmeda hierba. No me detuve hasta llegar a casa. Cuando crucé la puerta estaba totalmente empapada. Tenía el pelo pegado a la cabeza y la camiseta chorreando.

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Estáis en casa? —grité.

Corrí por el pasillo, a punto de resbalar en el pulido suelo, e irrumpí en la cocina.

—¡Un monstruo! —exclamé.

—¿Qué? —Randy estaba sentado a la mesa de la cocina, troceando un montón de judías verdes para mamá. Fue el único que levantó la vista.

Mamá y papá estaban de pie ante la repisa, haciendo pequeñas albóndigas con las manos. Ni siquiera se volvieron.

—¡Un monstruo! —repetí.

—¿Dónde? —exclamó Randy.

—¿Te ha pillado la lluvia? —preguntó mamá.

—¿Por qué no saludas? —preguntó papá—. ¿Es que sólo sabes irrumpir en casa dando gritos? ¿No tengo derecho a un «hola, papá», o algo por el estilo?

—Hola, papá —exclamé sin aliento—. ¡Hay un monstruo en la biblioteca!

—Lucy, por favor… —empezó mamá con tono de impaciencia.

—¿Qué clase de monstruo? —preguntó Randy. Había dejado de trocear judías y me miraba fijamente.

Mamá se volvió por fin.

—¡Estás empapada! —exclamó—. Estás mojando todo el suelo. Sube a cambiarte de ropa.

Papá se volvió también y frunció el ceño.

—Tu madre acaba de fregar el suelo —murmuró.

—¡Estoy intentando deciros algo! —grité, levantando los puños en el aire.

—No hace falta que grites —me reprendió mamá—. Ve a cambiarte y luego nos lo cuentas.

—¡El señor Mortman es un monstruo! —exclamé.

—¿No puedes guardarte los monstruos para luego? Acabo de llegar a casa y tengo un dolor de cabeza terrible —se quejó papá. Bajó la vista hacia el suelo. Se estaban formando pequeños charcos a mi alrededor, sobre el linóleo blanco.

—Hablo en serio —insistí—. ¡El señor Mortman es un monstruo!

Randy se echó a reír.

—Desde luego tiene una pinta muy rara.

—Randy, no está bien burlarse del aspecto de la gente —dijo mamá con tono severo. Se volvió hacia mí—. Eso es lo que le enseñas a tu hermano en vez de darle buenos ejemplos.

—¡Pero mamá!

—Lucy, haz el favor de ir a cambiarte de ropa —rogó papá—. Luego bajas y pones la mesa, ¿entendido?

Me sentía frustrada. Eché hacia atrás la cabeza y solté un furioso gruñido.

—¿Es que aquí no me cree nadie? —exclamé.

—No es momento para tus historias de monstruos —replicó mamá mientras volvía a ocuparse de las albóndigas—. Larry, las estás haciendo demasiado grandes —reprendió a mi padre—. Tienen que ser más pequeñas.

—Pues a mí las albóndigas me gustan grandes —porfió papá.

Nadie me prestaba la menor atención. Giré en redondo y salí de la cocina a grandes zancadas.

—¿De verdad es un monstruo el señor Mortman? —me preguntó Randy cuando ya me iba.

—¡Ni lo sé ni me importa! ¡Me tiene sin cuidado! —respondí. Estaba furiosa.

No me hacían el menor caso. Lo único que les importaba eran sus estúpidas albóndigas.

Una vez en mi habitación, me quité las prendas mojadas, las tiré al suelo y me puse unos téjanos y una camiseta.

¿De verdad es un monstruo el señor Mortman? La pregunta de Randy me daba vueltas en la cabeza. ¿Había imaginado yo todo el asunto? ¿Tenía monstruos en el cerebro?

Con todas las luces apagadas, la biblioteca estaba muy a oscuras. Quizás el señor Mortman no se comió las moscas. Quizá las sacó del tarro y se las dio a las tortugas. Tal vez imaginé que se las comía él. Tal vez su cabeza no se hinchó como un globo. Tal vez sus ojos no se habían salido de las órbitas. Tal vez había sido una jugarreta de la oscuridad, de las sombras danzantes, de la luz débil y grisácea. Tal vez necesito gafas. Tal vez estoy como una cabra.

—Lucy, baja pronto y pon la mesa —dijo papá desde la cocina.

—¡Ya voy! —Mientras bajaba, me sentía completamente desconcertada.

No mencioné al señor Mortman durante la cena. En realidad, fue mamá quien sacó el asunto a colación.

—¿Qué libro has elegido para leer esta semana? —preguntó.

—*Frankenstein* —respondí.

—¡Más monstruos! —exclamó mi padre meneando la cabeza—. ¿Es que nunca te cansas? ¡Ves monstruos por todas partes y encima lees cosas sobre ellos!

Papá tiene una voz retumbante. Todo en él es grande. Es muy fuerte, tiene un pecho ancho y brazos poderosos. Cuando grita se

estremece toda la casa.

—Randy, has troceado muy bien las judías —dijo mamá, cambiando rápidamente de tema.

Después de cenar ayudé a papá a lavar los platos. Luego subí a mi habitación para empezar a leer *Frankenstein.* Había visto la película en la tele, así que sabía de qué iba. Trataba de un científico que construía un monstruo que cobraba vida. Era de las historias que a mí me gustaban. Me preguntaba si sería cierta.

Me sorprendió encontrarme a Randy en mi habitación, sentado en la cama, esperándome.

—¿Qué quieres? —pregunté. La verdad es que no me gustaba que anduviera por mi cuarto.

—Cuéntame lo del señor Mortman —dijo. Por la expresión de su cara me di cuenta de que estaba asustado y excitado al mismo tiempo.

Mientras me sentaba en el borde de la cama comprendí que estaba deseando contar a alguien lo que había sucedido en la biblioteca, así que se lo conté todo a Randy. Empecé por explicarle que tuve que volver allí porque me había olvidado los patines.

Randy tenía mi almohada apretada contra el pecho y respiraba con fuerza. Supongo que la historia le aterrorizaba realmente.

Cuando estaba terminando la parte en que el señor Mortman se metía un puñado de moscas en la boca, Randy contuvo una exclamación. Parecía a punto de vomitar.

—¡Lucy! —Papá entró furioso en la habitación—. ¿Cuál es tu problema?

—Ninguno, papá, yo…

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no asustes a Randy con tus estúpidas historias de monstruos?

—Ésta no es estúpida, papá. ¡Es verdad!

Torció el gesto con cara de disgusto y se quedó mirándome con ojos coléricos. Parecía como si en cualquier momento fuera a lanzar fuego por la nariz.

—¡No estoy asustado! —exclamó Randy, saliendo en mi defensa, aunque lo cierto es que estaba tan blanco como la almohada que sostenía entre los brazos y que le temblaba todo el cuerpo.

—Es la última vez que te lo advierto —indicó mi padre—. Hablo

en serio, Lucy. Estoy muy enfadado contigo. —Desapareció escaleras abajo.

Me quedé mirando el umbral de la puerta que acababa de atravesar.

Yo también estoy muy enfada, pensé.

En esta familia nadie me cree cuando hablo en serio.

En ese instante comprendí que no había opción. Tenía que demostrar que yo no era ninguna mentirosa, tenía que demostrar que no estaba loca, tenía que demostrar a mamá y a papá que el señor Mortman era un monstruo.

—¿Qué es eso? —pregunté a Aaron.

Había transcurrido una semana. Yo tenía que pasar por delante de su casa para ir a la biblioteca, donde debía acudir a mi entrevista de los Jóvenes Lectores. Me paré al ver a Aaron en el jardín. Estaba arrojando al aire un disco azul, que atrapaba cuando volvía.

—Es una especie de discovol con una goma larga —respondió. Lanzó el disco. Trató de cogerlo cuando volvía hacia él pero falló. El disco continuó volando a sus espaldas, regresó después y le golpeó en la nuca.

—No es exactamente así como funciona —dijo, ruborizándose. Empezó a deshacer un nudo que se había formado en la goma.

—¿Puedo jugar contigo? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No. Es sólo para una persona.

—¿Es un discovol para jugar solo? —exclamé.

—Sí. ¿No has visto los anuncios de la tele? Juegas solo. Lo tiras, y luego lo coges.

—Pero ¿y si alguien quiere jugar contigo?

—No se puede —respondió Aaron—. No es para eso.

La cosa me pareció bastante tonta, pero como Aaron se lo estaba pasando en grande me despedí y continué hacia la biblioteca.

Era un día espléndido. Todo parecía alegre y risueño bajo el brillante sol.

La biblioteca se hallaba envuelta como de costumbre en sombras azuladas. Yo sólo había vuelto allí una vez desde aquel día, sólo una vez y muy deprisa para recoger mis patines. Me detuve en el bordillo y al mirar el edificio sentí un repentino escalofrío.

El mundo entero parecía volverse más oscuro allí, más oscuro y más frío. ¿Pura imaginación? Lo veremos, pensé. Hoy veremos qué es real y qué no lo es.

Me quité la mochila, la agarré de las correas y me dirigí hacia el edificio. Respiré profundamente, empujé la puerta y entré.

El señor Mortman, encaramado ante su mesa en la sala de lectura, estaba terminando su entrevista con otro miembro de los Jóvenes Lectores, Ellen Borders, una chica que yo conocía de la escuela.

Los miré desde el extremo de una larga hilera de libros. El señor Mortman se estaba despidiendo de ella. Le entregó una estrella de oro y después le estrechó la mano. Observé que la chica se esforzaba por disimular un gesto de repugnancia. Seguro que el señor Mortman tenía la mano húmeda, como de costumbre.

Ella dijo algo y rieron los dos. Muy divertido. Ellen se despidió y echó a andar hacia la puerta. Me dirigí hacia ella.

—¿Qué libro has cogido? —le pregunté después de saludarla.

Me lo enseñó.

—*Colmillo Blanco* —dijo.

—¿Es sobre un monstruo?

Se echó a reír.

—No, Lucy. Trata de un perro.

Me pareció que el señor Mortman levantaba la cabeza al oír la palabra «monstruo», pero quizá fue sólo imaginación mía.

Continué charlando un rato más con Ellen, que aquel verano me llevaba ya tres libros de ventaja. Sólo le faltaba leer uno más para conseguir el premio. Menuda hazaña.

Oí el ruido de la puerta al cerrarse detrás de ella mientras me sentaba junto a la mesa del señor Mortman y sacaba *Frankenstein* de la mochila.

—¿Te ha gustado? —preguntó el señor Mortman, apartando la vista de las tortugas y volviéndose hacia mí con una sonrisa amistosa.

Vestía otro jersey de cuello alto, esta vez de amarillo brillante. Observé que llevaba un anillo púrpura en uno sus dedos gordezuelos y sonrosados. Se puso a dar vueltas al anillo mientras me sonreía.

—Es algo complicado —respondí—, pero me ha gustado.

Había leído más de la mitad y lo habría terminado si no hubiese tenido letra tan pequeña.

—¿También te han gustado las descripciones de esta novela? —preguntó el señor Mortman, inclinándose hacia mí sobre la mesa.

Mis ojos se posaron en el tarro de moscas que se veía en el estante situado detrás de él. Estaba lleno.

—Pues sí —respondí—, aunque la verdad es que esperaba más acción.

—¿Qué es lo que más te ha gustado?

—¡Lo del monstruo! —respondí al instante.

Miré su cara para ver si reaccionaba al oír aquella palabra, pero ni siquiera pestañeó. Sus diminutos ojos negros permanecieron fijos en los míos.

—El monstruo era formidable —continué. Decidí ponerle a prueba—. ¿No es cierto que sería estupendo que hubiese monstruos de verdad, señor Mortman?

Siguió impasible.

—No creo que le gustara a casi nadie —dijo en voz baja mientras daba vueltas a su anillo púrpura—. A la gente le gusta asustarse con los libros o las películas, pero no quiere sustos en la vida real. —Rió entre dientes.

Yo hice un esfuerzo y reí también. Luego respiré profundamente y continué con mi prueba para que cometiera un error y revelase que no era realmente humano.

—¿Usted cree que existen monstruos de verdad? —pregunté.

Muy poco sutil, debo reconocerlo, pero él no pareció darse cuenta.

—¿Si creo que un científico como el doctor Frankenstein podría construir un monstruo viviente? —Meneó su cabeza redonda y calva—. Podemos construir robots, pero no criaturas vivas.

No era eso a lo que yo me refería.

En ese momento entró en la biblioteca una niña pequeña acompañada de su canosa abuela. La niña se dirigió a la sección de libros infantiles. La abuela cogió un periódico y fue con él hasta un sillón situado al otro extremo de la sala. Me sentí contrariada porque estaba convencida de que el bibliotecario no se

transformaría en monstruo mientras ellas permanecieran allí. Estaba segura de que sólo comía moscas cuando la biblioteca estaba vacía. Tendría que esconderme y esperar a que se marchasen.

El señor Mortman abrió el cajón de la mesa, sacó una estrella de oro y me la entregó. Creí que iba a estrecharme la mano, pero no lo hizo.

—¿Has leído *La casita verde de Ana*? —preguntó, cogiendo un libro del montón que tenía encima de la mesa.

—No —respondí—. ¿Salen monstruos?

Echó hacia atrás la cabeza y soltó un carcajada. Creí ver una chispa de reconocimiento en sus ojos, una pregunta, un breve momento de vacilación. Me pareció que mi pregunta había hecho asomar algo extraño a sus ojos pero, naturalmente, podría haber sido una vez más fruto de mi imaginación.

—No creo que encuentres monstruos en este libro —dijo, todavía riendo. Estampó un sello en él y me lo dio. La portada estaba húmeda en el lugar donde la habían tocado sus dedos.

Concerté la nueva entrevista para la semana siguiente a la misma hora y salí de la sala de lectura, haciendo ver que me marchaba de la biblioteca.

Abrí la puerta de la calle y la cerré de golpe, pero en lugar de salir retrocedí sigilosamente, manteniéndome entre las sombras. Me detuve en la pared posterior, oculta tras una larga fila de estanterías.

¿Dónde esconderme? Tenía que encontrar un escondite seguro, a salvo de los relucientes ojos del señor Mortman y de cualquier otra persona que pudiera entrar en la biblioteca.

¿Cuál era mi plan? Había estado pensando en ello toda la semana, pero la verdad es que no tenía ninguno decidido. Quería cogerle con las manos en la masa, simplemente. Quería verlo con claridad y borrar de mi mente todas las dudas.

Mi idea era permanecer escondida hasta que la biblioteca quedase vacía, espiar al señor Mortman y verle comer moscas de nuevo, convertido en monstruo. Entonces sabría que no estaba loca y que mis ojos no me habían jugado una mala pasada.

—¿Tiene libros de lecturas sencillas? —oí que preguntaba la abuela de la niña al señor Mortman—. A Samantha sólo le gustan

los libros de ilustraciones, pero yo quiero que aprenda a leer.

—¡Habla bajo, abuela! —exclamó Samantha—. ¡Recuerda que esto es una biblioteca! ¡Habla bajo!

Recorrí con la vista los largos y oscuros estantes en busca de un sitio en el que esconderme, y lo encontré. Un estante bajo situado al fondo y muy cerca del suelo estaba vacío y formaba una especie de cueva en la que podría ocultarme.

Me senté en el estante procurando no hacer ruido, me volví, deslicé el cuerpo hacia atrás y me acurruqué en el hueco.

No disponía de sitio suficiente para estirarme, así que tenía que permanecer con las rodillas dobladas. La cabeza me pegaba en la tabla de arriba. No resultaba nada cómodo y comprendí que no podría seguir así mucho tiempo, aunque como ya era bastante tarde, seguramente Samantha y su abuela se marcharían pronto. Tal vez no tuviera que seguir acurrucada mucho rato en aquel estante como un viejo libraco más.

El corazón me latía con fuerza. Oía la voz del señor Mortman que hablaba en susurros con Samantha, oía el crujido de las hojas del periódico que leía la señora, oía el invariable tictac del gran reloj de pared, oía cada sonido, cada crujido, cada gemido.

De pronto me entraron unas tremendas ganas de estornudar. Sentía un cosquilleo terrible en la nariz. Había mucho polvo allá abajo. Me apreté con fuerza la nariz entre el pulgar y el índice y conseguí sofocar el estornudo.

Los latidos del corazón se hicieron más fuertes. Los oía por encima del tictac del reloj.

Marchaos, por favor, pensé, deseando vivamente que Samantha y su abuela desapareciesen de allí. No sabía cuánto tiempo podía seguir acurrucada en aquel polvoriento estante. El cuello me empezaba a doler por la postura, y de nuevo sentí deseos de estornudar.

—Este libro es demasiado difícil. Necesito uno más fácil —estaba diciendo Samantha al señor Mortman.

Oí al señor Mortman murmurar algo. Oí un arrastrar de pies. Pisadas.

¿Venían hacia mí? ¿Me verían?

No. Se volvieron hacia la sección infantil.

—Éste ya lo he leído —oí decir a Samantha.

Marchaos, por favor, marchaos.

Samantha y su abuela sólo tardaron unos minutos en irse, pero a mí se me antojaron horas.

Tenía el cuello rígido. Me dolía la espalda y me hormigueaban las piernas, que tenía dormidas.

Oí el ruido de la puerta al cerrarse. Sólo quedábamos en la biblioteca el señor Mortman y yo. Esperé y escuché. Oí el roce de su alto taburete contra el suelo. Sonaron luego sus pisadas. Tosió.

De pronto aumentó la oscuridad. Estaba apagando las luces. Empieza la función, pensé. Está cerrando la biblioteca. Ha llegado el momento de convertirse en un monstruo delante de mis ojos.

Rodé sobre mí misma y me deslicé silenciosamente al suelo. Me puse en pie y, agarrándome a uno de los estantes altos, levanté una pierna y luego la otra para restablecer la circulación.

Al apagarse las lámparas, casi toda la biblioteca quedó sumida en la oscuridad. La única luz era la claridad del atardecer, que penetraba por la ventana situada al fondo de la sala.

¿Dónde estaba el señor Mortman? Le oí toser de nuevo. Luego empezó a canturrear por lo bajo. Daba ya por terminada su jornada.

Contuve el aliento y me acerqué de puntillas a su mesa, apoyando el costado contra los estantes mientras me movía, al abrigo de las sombras.

De pronto me di cuenta de que el señor Mortman no estaba en su mesa. Oí sus pisadas detrás de mí, al fondo de la sala principal. Después oí el golpeteo de sus zapatos sobre el suelo del vestíbulo.

Quedé inmóvil, aguzando el oído y conteniendo el aliento todavía. ¿Se marchaba? No. Oí un chasquido metálico, el sonido de un pestillo al girar. ¡Había cerrado la puerta de la caile!

Aquello no lo había previsto, no formaba parte de mi plan ni remotamente.

Petrificada en el oscuro pasillo, comprendí que estaba encerrada con él. ¿Y ahora qué?

7

Quizá mi plan no fuese exactamente el mejor del mundo, quizá fuese tan sólo una completa estupidez.

Desde luego estaba hecha un mar de dudas mientras oía regresar al señor Mortman a la sala de lectura.

Mi plan era demostrarme a mí misma que tenía razón, que él era un monstruo, y luego salir zumbando de la biblioteca. Mi plan no era quedarme encerrada con él en aquel oscuro y siniestro edificio, sin escapatoria posible, pero allí estaba.

Hasta el momento todo iba bien. Él no sospechaba que hubiese alguien más en aquel lugar, no imaginaba que lo estuvieran espiando.

Me deslicé por el estrecho pasillo, arrimándome a las altas estanterías, y me acerqué hasta que no me atreví a continuar. Podía ver toda su mesa bañada por un rectángulo de luz anaranjada que penetraba por la alta ventana.

El señor Mortman se situó tras la mesa, tarareando por lo bajo. Enderezó una pila de libros y la apartó luego a un extremo. Abrió el cajón y lo revolvió en busca de algo.

Me acerqué un poco más. Ahora veía con toda claridad. El sol del atardecer lo teñía todo de un color rojo anaranjado.

El señor Mortman se estiró el cuello del jersey. Empujó varios lápices que tenía sobre la mesa para hacerlos caer en el cajón, que cerró seguidamente.

Todo resultaba muy normal y aburrido. La semana anterior me habría equivocado, me lo habría imaginado todo. El señor Mortman

no era un monstruo sino simplemente un hombrecillo un poco raro.

Me apoyé, decepcionada, contra la alta estantería.

Había desperdiciado todo aquel tiempo para nada, escondida en aquel sucio estante. Y allí estaba ahora, atrapada en la biblioteca después de la hora de cierre, viendo cómo el bibliotecario limpiaba su mesa. ¡Qué emocionante!

Tengo que salir de aquí, pensé. Me he portado como una estúpida.

Pero entonces vi que el señor Mortman alargaba la mano hacia el tarro de moscas que tenía en el estante situado a su espalda. Tragué saliva. El corazón me dio un vuelco. Se dibujó una sonrisa en su cara rechoncha mientras depositaba ante sí el voluminoso tarro de cristal. Luego alargó los brazos sobre la mesa y acercó el recipiente de las tortugas con las dos manos.

—Hora de cenar, mis tímidas amigas —dijo con su voz aguda y rasposa. Chapoteó ligeramente con la mano en el agua del recipiente—. Hora de cenar, amiguitas —repitió.

Y luego, mientras yo miraba sin pestañear y con la boca abierta de incredulidad, su rostro empezó a cambiar de nuevo. Su redonda cabeza comenzó a hincharse. Los negros ojos se le salieron de las órbitas. La boca se fue ensanchando hasta convertirse en un enorme pozo negro. La gigantesca cabeza se bamboleaba sobre el amarillo cuello del jersey. Los ojos flotaban delante de la cabeza. La boca se abría y cerraba como la boca de un pez enorme.

¡Tenía razón! ¡El señor Mortman es un monstruo! Sabía que yo tenía razón, pero nadie quería creerme. Ahora tendrán que creerme, me dije. Lo estoy viendo con absoluta claridad, totalmente iluminado por la luz anaranjada del atardecer. Lo estoy viendo. No lo estoy imaginando. Ahora tendrán que creerme.

Mientras contemplaba boquiabierta la horrible figura en que se había transformado el bibliotecario, él metió la mano en el tarro y sacó un puñado de moscas que se introdujo ávidamente en la boca.

—Hora de cenar —dijo sin dejar de masticar.

Se oía el zumbido de las moscas en eJ interior del tarro. ¡Estaban vivas! Las moscas estaban vivas y él las engullía como si fuesen golosinas.

Levanté las manos y me apreté con ellas la cara mientras

miraba.

—¡Hora de cenar!

Otro puñado de moscas. Algunas se habían escapado y zumbaban ruidosamente alrededor de su cabeza hinchada y bamboleante. Mientras masticaba y tragaba, el señor Mortman atrapaba las moscas en el aire con una increíble rapidez. Cogía las moscas al vuelo, una tras otra, y se las metía en la enorme boca.

Los ojos del señor Mortman flotaban, oscilando, delante de su cara. De pronto se detuvieron durante un instante aterrador. ¡Me estaban mirando fijamente!

Me di cuenta de que había avanzado demasiado por el pasillo. ¿Me había visto? Contuve un grito de pánico y di un salto hacia atrás.

Los abombados ojos negros, semejantes a ondulantes hongos, continuaron inmóviles unos instantes y luego siguieron evolucionando en el aire.

Tras un tercer puñado de moscas, el señor Mortman cerró el tarro, lamiéndose los negros labios con una fina y afilada lengua de serpiente.

Cesó el zumbido. La sala quedó en silencio, turbado únicamente por el tictac del reloj y los violentos latidos de mi corazón.

¿Y ahora qué? ¿Eso es todo? No.

—Hora de cenar, mis tímidas amigas —dijo el bibliotecario con voz débil y temblorosa, una voz que parecía bambolearse al ritmo de su enorme cabeza.

Alargó una mano hacia la cazuela y cogió una de las pequeñas tortugas de caparazón verde. Vi cómo el animal agitaba las patas.

¿Irá a dar de comer ahora a las tortugas?, me pregunté.

El señor Mortman sostuvo la tortuga a la luz del sol, observándola con sus abultados y ondulantes ojos. Las patas del animal continuaban moviéndose. Luego se metió la tortuga en la boca. Oí el crujido de la concha cuando el señor Mortman la mordió. Masticó ruidosamente varias veces con sonoros chasquidos. Luego le vi tragar un par de veces hasta engullirlo todo.

Ya había visto suficiente, más que suficiente. Me volví y empecé a caminar a ciegas por el oscuro pasillo. Eché a correr. No me importaba que me oyese.

Tenía que salir de allí, salir a la luz y al aire libre, tenía que alejarme de aquel crujiente sonido que aún retumbaba en mis oídos, el crujido de la concha de la tortuga mientras el señor Mortman masticaba sin cesar. Se la comía viva.

Salí de la sala de lectura con el corazón en la boca y las piernas tan pesadas como si fuesen de piedra. Jadeaba violentamente cuando llegué al vestíbulo de entrada. Corrí a la puerta y agarré la manilla. Entonces recordé que la puerta estaba cerrada. No podía salir. Estaba atrapada allí dentro.

Y entonces, mientras miraba fijamente la puerta cerrada, agarrando con la mano el picaporte de metal, oí unas pisadas a mis espaldas, unas pisadas rápidas. El señor Mortman me había oído.

Estaba atrapada.



Me quedé petrificada de pánico, mirando fijamente a la puerta hasta que ésta se convirtió en una simple mancha borrosa ante mí.

Las pisadas del señor Mortman sonaban cada vez con más fuerza a mis espaldas.

¡Socorro! ¡Qué alguien me ayude!, supliqué en silencio.

El bibliotecario irrumpiría de un momento a otro en el vestíbulo, y allí estaría yo, atrapada ante la puerta, atrapada como una rata… o como una tortuga.

Y luego, ¿qué? ¿Me agarraría como a uno de sus animalitos? ¿Me trituraría entre sus dientes?

Tenía que haber una forma de salir de allí. ¡Tenía que haberla!

Y entonces, mientras miraba la borrosa mancha en que se había convertido la puerta, todo se me presentó claro de repente. Todo quedó nítido y comprendí que quizá —sólo quizá— no estaba atrapada en absoluto.

El señor Mortman había cerrado la puerta desde dentro, lo cual quería decir que quizá yo pudiera abrirla también desde dentro.

Si la puerta estaba cerrada con llave no había nada que hacer, pero si se trataba de un pestillo corriente…

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? —La áspera voz del señor Mortman interrumpió bruscamente mis pensamientos.

Escruté frenéticamente la puerta y encontré el pestillo debajo del picaporte de latón. Lo agarré y supliqué en silencio que se abriera. El pestillo giró en mi mano con un suave chasquido, el más bello sonido que he oído en mi vida.

Abrí la puerta, y un instante después me encontraba en los escalones de piedra. Crucé el césped a toda velocidad, atajé por entre unos arbustos y me zambullí a través de un seto… para salvar la vida.

Me detuve jadeante hacia la mitad de la manzana. Al volverme vi al señor Mortman, una borrosa figura en la ya débil luz, de pie en la puerta de la biblioteca. Estaba en el umbral, mirando, sin moverse.

¿Me habría visto? ¿Sabría que yo le estaba espiando? Me daba igual, sólo quería huir.

El sol poniente comenzaba ya a ocultarse tras los árboles, proyectando sombras largas y azuladas. Oía el fuerte golpeteo de mis zapatillas sobre la acera.

Había escapado. Me encontraba perfectamente. Había visto al monstruo, pero él no me había visto a mí. Eso esperaba.

Continué corriendo hasta llegar a la casa de Aaron. Estaba todavía en el jardín, sentado en el tocón de un viejo árbol que sus padres habían talado. Tenía el disco azul sobre las rodillas y estaba intentando desenredar la larga tira de goma, con la cabeza baja, concentrado en la tarea. Al principio ni se dio cuenta de mi presencia.

—¡Aaron, el señor Mortman es un monstruo! —exclamé sin aliento.

—¿Qué? —Levantó la vista, sobresaltado.

—¡El señor Mortman es un monstruo! —repetí, jadeando como un perro. Apoyé las manos en las rodillas y me incliné hacia delante, tratando de recobrar el aliento.

—¿Qué problema tienes, Lucy? —murmuró Aaron, volviendo su atención a la tira de goma.

—¡Escúchame! —grité con impaciencia. Me sorprendí ante el tono estridente y hasta histérico de mi voz.

—Este cacharro es un asco —murmuró Aaron—. La goma está completamente enredada.

—¡Aaron, por favor! —supliqué—. Yo estaba en la biblioteca y lo vi. Se convirtió en un monstruo. ¡Se comió una de sus tortugas!

Aaron se echó a reír.

—¡Hum, qué ricas! —exclamó—. ¿Me has traído alguna?

—¡No tiene ninguna gracia, Aaron! —exclamé, jadeando todavía—. Me… me he llevado un susto de muerte. Es un monstruo. Te lo juro. Pensaba que me había quedado encerrada allí con él. Pensaba que…

—Vamos a hacer una cosa —dijo Aaron, ocupado todavía con los nudos de la goma. Me ofreció el disco de plástico azul—. Si consigues desatar este nudo grande, te dejo jugar con el disco.

—¿Por qué no me escuchas? —grité, desesperada.

—Dame un respiro, Lucy —replicó Aaron, ofreciéndome todavía el disco—. No quiero hablar de monstruos ahora. La cosa resulta bastante infantil, ¿sabes?

—Pero Aaron…

—¿Por qué no te guardas esas historias para Randy? —sugirió. Agitó el disco—. ¿Quieres ayudarme, sí o no?

—¡No! —grité—. ¡Vaya mierda de amigo!

Pareció un poco sorprendido. No esperé a que dijese nada más. Eché a andar de nuevo, camino de casa.

Estaba realmente furiosa. No entendía la actitud de Aaron. A un amigo se le toma en serio, y no se piensa automáticamente que te está soltando un rollo. ¿Cómo era posible que Aaron no se diera cuenta de lo asustada que estaba y que pensara que le estaba gastando una broma? Es un imbécil, decidí cuando ya llegaba a casa. No volveré a dirigirle la palabra nunca más.

Subí corriendo el camino, abrí de un empujón la puerta de rejilla e irrumpí en la casa.

—¡Mamá! ¡Papá! —El corazón me latía con fuerza y tenía la boca tan seca que mi grito apenas fue un ronco susurro.

—Mamá, ¿dónde estás?

Recorrí la casa hasta encontrar a Randy en la leonera. Estaba echado en el suelo, con la cara a un palmo del televisor, viendo un corto de Bugs Bunny.

—¿Dónde están papá y mamá? —exclamé jadeando.

No me hizo caso. Continuó mirando los dibujos animados. Los colores de la pantalla danzaban sobre su cara.

—Randy, ¿dónde están? —repetí frenéticamente.

—En el colmado —murmuró sin volverse.

—¡Tengo que hablar con ellos! —exclamé—. ¿Cuándo se han

ido? ¿Cuándo van a volver?

Se encogió de hombros, sin apartar la vista de la pantalla.

—No lo sé.

—¡Pero Randy!

—Déjame en paz —protestó con tono molesto—. Estoy viendo los dibujos animados.

—¡Pero es que acabo de ver un monstruo! —grité—. ¡Un monstruo de verdad!

Me miró boquiabierto, con los ojos desorbitados.

—¿Un monstruo de… de verdad? —tartamudeó.

—¡Sí! —exclamé.

—¿Te ha seguido hasta casa? —preguntó Randy, palideciendo.

—¡Espero que no! —respondí—. Di media vuelta y salí corriendo. Miré rápidamente por la ventana del cuarto de estar. Ni rastro del coche de mis padres, así que subí a mi habitación.

Estaba turbada, turbada y furiosa. Di dos pasos en el interior de mi habitación y me detuve en seco. En mi cama, bajo las sábanas, yacía un monstruo enorme y peludo. Tenía su deforme cabeza oscura apoyada en mi almohada y su desdentada boca se contorsionaba en una mueca horrible.



Me agarré a la cómoda y lancé un grito de terror.

El monstruo me miraba fijamente con sus redondos ojos, uno de ellos más grande que el otro. No se movió de mi almohada. Lanzó una aguda risita. Quiero decir que me pareció oírle lanzar una risita. Tardé unos instantes en comprender que la risita había sonado a mis espaldas.

Me volví en redondo y vi a Randy al otro lado de la puerta. Al ver la aterrorizada expresión de mi rostro, su risita se convirtió en estruendosa carcajada.

—¿Te gusta? —preguntó mientras entraba en la habitación y se acercaba a mi cama—. Lo hice en clase de arte.

—¿Qué?

Randy cogió la oscura cabeza del monstruo y me di cuenta entonces de que el pelo era lana de color marrón y que la cara estaba pintada.

—Es de cartón —anunció orgullosamente Randy—. Bonito, ¿eh?

Lancé un prolongado suspiro y me dejé caer en el borde de la cama.

—Sí, muy bonito —dije con acritud.

—Puse almohadas debajo de las sábanas para que pareciese que tenía cuerpo —continuó Randy, sonriendo. Su sonrisa se parecía mucho a la del monstruo.

—Muy astuto —comenté malhumorada—. Escucha, Randy. Acaba de ocurrirme algo realmente terrible, y no estoy de humor para bromas.

Su sonrisa se hizo más amplia. Me echó la cabeza del monstruo. La cogí y me la puse sobre el regazo. Él me hizo gesto de que se la tirase, pero me negué.

—¿No me has oído? —exclamé—. Estoy muy asustada. He visto un monstruo. Un monstruo de verdad, en la biblioteca.

—Estás furiosa porque te he dado un buen susto… —dijo Randy.

—El señor Mortman es un monstruo —declaré, haciendo rebotar en mi regazo la cabeza de cartón—. Lo he visto transformarse en monstruo. La cabeza le aumentó de tamaño, se le salieron los ojos de las órbitas y la boca se abrió en una mueca horrible.

—¡Calla! —exclamó Randy, que empezaba a estar asustado.

—Le he visto comer moscas —continué—. Puñados de moscas.

—¿Moscas? —preguntó Randy—. ¡Jo!

—Y luego le he visto comerse una de las tortugas que tiene en esa especie de cacerola sobre la mesa. Le he visto metérsela en la boca y masticarla.

Randy se estremeció. Me miró pensativamente. Por un momento pensé que tal vez me creyera, pero enseguida cambió de expresión y meneó la cabeza.

—Es inútil, Lucy. Estás enfadada porque esta vez he sido yo el que te ha asustado a ti, así que no intentes meterme miedo porque no lo vas a conseguir.

Randy me cogió del regazo la cabeza del monstruo y se dirigió hacia la puerta.

—No te creo lo del señor Mortman.

—¡Pues es verdad! —protesté con voz aguda.

—Me estoy perdiendo los dibujos animados —dijo.

En ese instante oí que llamaban a la puerta de la calle.

—¡Mamá! —exclamé.

Me levanté de un salto de la cama y eché a correr hacia la escalera. Aparté a Randy de un empujón y bajé volando los peldaños, de tres en tres.

—¡Mamá! ¡Papá! Tengo que contaros…

Me detuve, petrificada, ante la puerta de rejilla. No eran mis padres. Era el señor Mortman.

10

Mi primer impulso fue huir. El segundo, cerrar de golpe la puerta. Después pensé en correr escaleras arriba y esconderme en mi habitación, pero era demasiado tarde para ocultarme. El señor Mortman ya me había visto. Me estaba mirando a través de la puerta de rejilla con sus ojillos negros y una maligna sonrisa en su rostro pálido y redondo.

Me ha visto. Me ha visto espiándole en la biblioteca. Me ha visto huir. Sabe que conozco su secreto. Sabe que sé que es un monstruo, y ha venido por mí. Ha venido a deshacerse de mí para preservar su secreto.

—¿Lucy? —llamó.

Le miré a través de la rejilla.

Descubrí en sus ojos que sabía que yo era quien había estado en la biblioteca.

El sol se había puesto ya casi por completo, Detrás del señor Mortman, el cielo presentaba una tonalidad púrpura. Su cara parecía más pálida aún que de ordinario bajo la luz del crepúsculo.

—Hola, Lucy. Soy yo —dijo.

Estaba esperando que yo dijera algo, pero el pánico me tenía inmovilizada mientras trataba de decidir entre salir huyendo, ponerme a gritar, o hacer las dos cosas.

Randy había empezado a bajar la escalera y se detuvo en uno de los peldaños.

—¿Quién es? —preguntó.

—El señor Mortman —respondí.

—Oh. —Eso fue todo lo que dijo mi hermano. Terminó de bajar y después pasó junto a mí, camino de la leonera.

—Hola, señor Mortman —conseguí decir, sin acercarme más a la puerta. Luego añadí—: Mis padres no están en casa.

Me di cuenta al instante de que había sido una estupidez decir aquello. Ahora el monstruo sabía que Randy y yo estábamos solos. ¿Por qué he dicho eso?, me pregunté. ¿Cómo he podido ser tan idiota?

—No he venido a ver a tus padres —replicó el señor Mortman con voz suave—. He venido a verte a ti, Lucy.

¡Lo sabe!, pensé. ¡Es verdad que lo sabe! ¡Estoy perdida!

Tragué saliva. No sabía qué decir. Recorrí con los ojos el vestíbulo en busca de un arma, coger algo con lo que golpearle cuando irrumpiera a través de la puerta de rejilla e intentase agarrarme.

El señor Mortman entornó los ojos, y la sonrisa desapareció de su rostro.

¡Ya está!, pensé.

No había nada a mano que yo pudiera utilizar contra él, aparte de un jarroncito de cristal con flores. No creí que eso resultara demasiado eficaz contra un monstruo enfurecido.

—Creo que esto es tuyo, Lucy —dijo el señor Mortman, mostrándome mi mochila de lona azul.

—¿Qué?

—Lo encontré entre las estanterías —continuó, sonriendo de nuevo—. No sabía quién se la había dejado, pero encontré tu nombre y dirección en la etiqueta.

—Usted… ¿Quiere decir que…? —tartamudeé.

—Siempre voy andando a casa después de cerrar la biblioteca, así que decidí traértela —explicó.

¿Era una trampa? Observé cautelosamente su cara. Me resultaba imposible saber qué estaba pensando. No tenía opción. Abrí la puerta de rejilla y él me entregó la mochila.

—Muchas gracias —dije—. Ha sido muy amable por su parte.

Se estiró las mangas de su jersey amarillo.

—Bueno, pensaba que tal vez querrías empezar a leer esta noche *La casita verde de Ana* —indicó.

—Sí, desde luego —respondí con tono inseguro.

—Supongo que te marchaste muy deprisa de la biblioteca —comentó el señor Mortman, mirándome fijamente a los ojos.

—Oh…, sí. Tenía que volver a casa —expliqué, dirigiendo la vista hacia la leonera. La música de los dibujos animados flotaba en el vestíbulo.

—¿Así que no te quedaste por allí después de nuestra conversación?

¿Lo sabe —me pregunté— o sólo está tratando de averiguar si era yo o no?

—No —respondí, procurando que no me temblara la voz—. Salí corriendo. Tenía prisa. Supongo que por eso me olvidé la mochila.

—Comprendo —respondió con tono pensativo el señor Mortman al tiempo que se frotaba las mejillas.

—¿Por qué? —dije de sopetón.

La pregunta pareció sorprenderle.

—Oh, en realidad no es nada —explicó—. Creo que alguien se quedó en la biblioteca después de cerrar.

—¿De verdad? —exclamé, abriendo desmesuradamente los ojos y tratando de parecer lo más inocente posible—. ¿Por qué iba alguien a hacer eso?

—Para asustarme —respondió con una risita—. Algunos chicos no tienen nada mejor que hacer que intentar asustar al bueno del bibliotecario.

Pero tú no eres bueno ni nada por el estilo, pensé. ¡Tú eres un monstruo!

—Me levanté a echar un vistazo —continuó el señor Mortman—, pero fuera quien fuese, ya se había marchado. —Rió de nuevo.

—A mí no me gustaría quedarme allí encerrada por la noche —dije, observando su cara y con la esperanza de que mi aire de inocencia resultase convincente.

—¡A mí tampoco! —exclamó—. ¡Es un edificio bastante siniestro! A veces me sobresaltan los crujidos que se oyen, e incluso me dan un poco de miedo.

Sí, seguro, pensé sarcásticamente.

Detrás de él vi el coche de mis padres que se acercaba por el camino de la casa. Lancé un silencioso suspiro de alivio. ¡Gracias a

Dios que por fin llegaban a casa!

—Tengo que marcharme —dijo con tono amable el señor Mortman. Se dio la vuelta y observó cómo mis padres pasaban de largo ante él en dirección a la trasera de la casa.

—Gracias por traerme la mochila —dije, impaciente por saludar a mis padres.

—No tiene importancia. Hasta la semana que viene. —Se alejó con paso rápido.

Fui corriendo a la cocina en el preciso momento en que mamá entraba con una bolsa de comida en la mano.

—¿No era el señor Mortman ése que estaba en la puerta? —preguntó sorprendida.

—Sí —respondí con apremio—. Me alegro de que hayas venido, mamá. Tengo que decirte…

—¿Qué quería? —me interrumpió.

—Él…, bueno, me ha traído la mochila. Me la había dejado en la biblioteca. Tengo que hablarte de él, mamá. Él…

—Ha sido un bonito detalle por su parte —comentó mamá, dejando la bolsa de comida sobre la repisa—. ¿Cómo es que te la olvidaste, Lucy?

—Me marché corriendo, mamá. Es que…

—Bueno, ha sido todo un detalle por parte del señor Mortman —me interrumpió de nuevo. Empezó a sacar cosas de la bolsa—. Él no vive en esta dirección, creo que vive hacia la parte norte.

—¡Mamá, quiero decirte algo! —grité con impaciencia. Tenía los puños apretados y el corazón me latía con fuerza—. ¡El señor Mortman es un monstruo!

—¿Qué? —Se volvió a mirarme.

—¡Es un monstruo, mamá! ¡Un monstruo de verdad! —exclamé.

—Lucy, tú ves monstruos por todas partes.

—¡Mamá!

—¡Basta, Lucy! Deja de decir tonterías. Espero que te hayas mostrado educada con el señor Mortman.

—¡Mamá!

—¡Basta! Vete afuera y ayuda a tu padre a traer el resto de la compra.



Así que, una vez más, mis maravillosos padres no quisieron creerme.

Intenté describir lo que había visto en la biblioteca desde mi escondite, pero mamá se limitó a menear la cabeza. Papá dijo que yo tenía mucha imaginación. Hasta Randy se negó a dejarse asustar, y contó a mamá y a papá que me había asustado con su estúpido monstruo de cartón.

Casi les supliqué que me creyesen, pero mamá dijo que yo no era más que una vaga y que me estaba inventando aquella historia sobre el señor Mortman para poder abandonar el programa de los Jóvenes Lectores y no tener que leer más libros en todo el verano. Al oír eso me sentí insultada, naturalmente. Le repliqué algo a gritos y terminamos increpándonos. Entonces subí hecha una furia a mi cuarto, me dejé caer sobre la cama y reflexioné sobre mi situación.

Me daba cuenta de que nadie me iba a creer. Había contado demasiadas historias de monstruos, había gastado demasiadas bromas a cuenta de los monstruos. Necesitaba alguien distinto de mis padres a quien contar lo del señor Mortman. Necesitaba que alguien viese al señor Mortman transformarse en monstruo y supiera así que lo que yo decía era verdad.

Aaron. Si Aaron venía conmigo, se escondía en la biblioteca y veía al señor Mortman comer moscas y tortugas con su hinchada cabeza, entonces podría contárselo a mis padres, y ellos le creerían. No tenían ningún motivo para no creerle. Era un chico serio y

formal. El más serio y formal de mis amigos. Aaron era la solución a mi problema, sin duda alguna. Aaron conseguiría que mis padres comprendiesen que lo del señor Mortman era verdad.

Le llamé inmediatamente. Le dije que necesitaba que viniese a esconderse en la biblioteca para espiar al señor Mortman.

—¿Cuándo? —preguntó—. ¿En tu próxima entrevista de los Jóvenes Lectores?

—No, no puedo esperar toda una semana —respondí, cuchicheando ante el teléfono aunque mis padres estaban abajo y no había nadie cerca—. ¿Qué tal mañana por la tarde, antes de la hora de cierre? A eso de las cinco.

—Es una idiotez —dijo Aaron—. Me parece que no voy a ir.

—¡Te pagaré! —exclamé.

—¿Cuánto?

¡Menudo amigo!

—Cinco dólares —respondí de mala gana. Ahorro muy poco de mi paga y no estaba muy segura de que me quedaran cinco dólares en el cajón.

—Bien, de acuerdo —aceptó Aaron—. Cinco dólares. Por adelantado.

—¿Y te esconderás conmigo y les contarás luego a mis padres todo lo que veas? —pregunté.

—Sí, aunque sigo pensando que es una idiotez. —Permaneció unos momentos en silencio—. ¿Y si nos cogen? —preguntó al cabo de un rato.

—Tendremos cuidado —respondí, sin poder evitar un escalofrío de miedo.

12

Me pasé la mayor parte del día siguiente haraganeando y metiéndome con Randy, pendiente de que llegara la tarde. Estaba muy excitada y nerviosa.

Lo tenía todo planeado. Aaron y yo nos introduciríamos en la sala de lectura sin que el señor Mortman se diera cuenta. Nos esconderíamos en las estanterías, entre las sombras, como había hecho yo. Luego, cuando el bibliotecario apagase las luces y cerrase el local, nos deslizaríamos por el pasillo, siempre entre las sombras, y le veríamos convertirse en monstruo.

No saldríamos corriendo como había hecho yo. Era demasiado arriesgado. Regresaríamos a nuestro escondite en los estantes bajos y esperaríamos a que se marchara. Cuando se hubiera ido, saldríamos de la biblioteca y correríamos a mi casa para contarles a mis padres lo que habíamos visto.

La cosa no podía ser más sencilla, estaba chupada, pero tenía tal nerviosismo y tantas ganas de terminar el asunto que llegué a casa de Aaron con una hora de antelación. Toqué el timbre. No hubo respuesta. Volví a llamar. Finalmente, tras una larga espera, abrió la puerta Burt, el hermano mayor de Aaron. Vestía pantalones azules cortos y no llevaba camisa.

—Hola —dijo, rascándose el pecho—. ¿Buscas a Aaron?

—Sí.

—No está en casa.

—¿Qué? —Casi me caigo del porche—. ¿Dónde está? Quiero decir, ¿cuándo volverá?

—No sé. Ha ido al dentista —respondió Burt mirando a la calle, detrás de mí.

—¿Sí?

—Sí. Esta tarde tenía hora para el rollo ése de la ortodoncia. Le van a poner un aparato. ¿No te lo ha dicho?

—No —respondí sombríamente. Sentí que se me caía el alma a los pies—. Habíamos quedado en vernos.

—Se le olvidaría —aventuró Burt, encogiéndose de hombros—. Ya conoces a Aaron. Nunca se acuerda de este tipo de cosas.

—Bueno, gracias —murmuré apesadumbrada. Me despedí y regresé lentamente a la acera.

Maldito traidor. Me sentía realmente traicionada. Había pasado el día esperando, obsesionada con la idea de espiar al señor Mortman. Había contado con Aaron, pero él tenía una cita con su dentista.

—¡Ojalá te haga daño el aparato! —grité.

Di una patada a una piedra. Sentía deseos de dar patadas a miles de piedras. Me hubiera gustado darle de patadas a Aaron.

Me volví y eché a andar hacia mi casa con la cabeza llena de horribles pensamientos. Justo al llegar, se me ocurrió una idea. Comprendí de pronto que no necesitaba a Aaron. Tenía una máquina fotográfica. Las últimas Navidades, mis padres me habían regalado una cámara muy buena. Si me deslizaba en la biblioteca con la máquina y tomaba unas cuantas instantáneas del señor Mortman convertido en monstruo, las fotos serían la prueba que necesitaba. Mis padres tendrían que dar crédito a las fotos en color.

Olvidando mi decepción con Aaron, corrí a mi cuarto y cogí la cámara. Ya tenía puesto un carrete. Había sacado unas cuantas fotos en la fiesta de cumpleaños de Randy, poco antes de que terminaran las clases.

La examiné detenidamente. Todavía quedaban ocho fotos en el rollo, suficientes para captar al señor Mortman en su aspecto más repulsivo.

Miré el reloj que tenía sobre la mesa. Era pronto aún. Poco más de las cuatro y media. Faltaba media hora para que cerrase la biblioteca.

—Esto tiene que resultar —dije en voz alta, al tiempo que

cruzaba los dedos de las dos manos.

Luego me colgué la cámara del cuello y eché a andar en dirección a la biblioteca.

Entré silenciosamente y me aproximé a la puerta de la sala de lectura. Mi plan era instalarme en el estante bajo en que me había escondido la otra vez, pero enseguida me di cuenta de que la cosa no iba a ser tan fácil como pensaba.

La biblioteca estaba llena de gente. Había algunos crios en la sección de libros infantiles, y varias personas hojeando revistas. Alguien estaba usando una de las máquinas de microfichas, y en algunos pasillos entre estanterías, incluido el de mi escondite, había gente que curioseaba y buscaba entre los libros.

Decidí esperar y me puse a hacer como que buscaba algún libro en los estantes de la parte posterior.

Observé que el señor Mortman estaba en su mesa, controlando los libros que se iba a llevar una muchacha, abriéndolos por la primera página, sellando la tarjeta y volviéndolos a cerrar.

Eran cerca de las cinco, casi la hora de cerrar.

Me deslicé a lo largo de la pared posterior, buscando otro escondite. Cerca del rincón vi un gran armario de madera. Mientras me introducía detrás de él y me agachaba para no ser vista, me di cuenta de que era el armario alto y estrecho que contenía el fichero.

Servirá perfectamente para ocultarme, pensé.

Me agazapé detrás del viejo armario y aguardé. El tiempo transcurría lentamente. Cada minuto parecía una hora.

A las cinco y cuarto, el señor Mortman todavía estaba sellando libros para la gente. Anunció que era la hora de cerrar, pero algunos de los lectores de revistas parecían reacios a marcharse.

Yo me sentía cada vez más nerviosa. Tenía las manos heladas. La cámara fotográfica parecía de pronto pesar una tonelada, como un peso muerto que me colgara del cuello. Me la quité y la deposité sobre el regazo.

Valdrá la pena, me repetía a mí misma. Valdrá la pena si consigo una buena foto del monstruo.

Me apoyé contra la trasera del armario y esperé, sujetando con la mano la cámara que reposaba en mi regazo.

Finalmente se vació la sala.

Me puse de rodillas, aguzando el oído, al escuchar los pasos del bibliotecario que se dirigía a cerrar la puerta. Momentos después le oí regresar a su mesa. Me puse en pie y atisbé por un lateral del armario. Estaba muy ocupado revolviendo papeles, ordenando la mesa para el día siguiente.

Dentro de pocos minutos sería la hora de cenar, la hora del monstruo.

Hice una profunda inspiración, agarré fuertemente la cámara con una mano, sintiendo en el pecho los violentos latidos de mi corazón, y empecé a avanzar en silencio hacia la mesa del señor Mortman, en la parte delantera de la sala.

13

Todo parecía suceder muy despacio. ¿Estaba avanzando el tiempo a cámara lenta, o simplemente todo se me antojaba más lento por la frenética rapidez con que me latía el corazón?

Estaba ansiosa por conseguir la prueba y largarme cuanto antes de allí, pero el señor Mortman se estaba tomando su tiempo. Examinó un montón de papeles, leyendo algunos de ellos y doblando otros por la mitad y tirándolos a la papelera de alambre que tenía junto a la mesa. Canturreaba por lo bajo mientras lo hacía. Finalmente arrojó la última hoja.

Ahora, pensé. Ahora empezarás a convertirte en monstruo, ¿verdad, señor Mortman?

Pero no. Cogió una pila de libros que tenía sobre la mesa y se dirigió hacia las estanterías. Sin dejar de canturrear, se puso a colocar los libros en su sitio.

Me apreté contra las sombras cerca de la pared del fondo, delante de la fila de máquinas de microfichas.

¡Venga, empieza ya!, rogué en silencio.

Pero cuando terminó con la primera pila, el señor Mortman regresó a su mesa y cogió otro montón más para seguir devolviendo los libros a sus lugares respectivos.

Me di cuenta con una creciente sensación de temor de que iba a llegar tarde a la cena. ¡Mis padres me matarían!

La idea me hizo reír entre dientes. Qué absurdo estar encerrada en aquella biblioteca con un monstruo como aquél y preocuparme de que mis padres me echaran la bronca por llegar tarde a la cena…

Podía oír al señor Mortman, pero no podía verlo. Estaba en algún lugar entre las estanterías, colocando libros.

Su canturreo se hizo de pronto más fuerte. Me di cuenta de que estaba en el pasillo contiguo. Podía verle por encima de los libros que había en el estante de mi derecha… y eso significaba que él podía verme a mí.

Atenazada por el pánico, me agaché y me dejé caer en el suelo. ¿Me habría oído? ¿Me habría visto? Permanecí inmóvil, sin respirar.

Él continuaba canturreando. El sonido se fue debilitando a medida que se alejaba en dirección contraria.

Con un silencioso suspiro de alivio, me puse de nuevo en pie. Cogí fuertemente la cámara con la mano derecha y atisbé por el costado del estante.

Le oí caminar arrastrando los pies. Luego reapareció bajo la luz crepuscular que penetraba por la alta ventana y se reflejaba en su calva, y se dirigió lentamente hacia su mesa.

Se oía el sonoro tictac del reloj de pared.

Yo sentía fría y pegajosa la mano con que sujetaba la cámara.

Al verle revolver en el cajón de su mesa, me asaltó de pronto una sensación de inseguridad.

Esto es estúpido, pensé. Una idea realmente disparatada. Me va a coger. En cuanto me adelante para sacar la foto, me verá. Me perseguirá. No me dejará salir de la biblioteca con esta cámara. No me dejará salir viva de aquí. ¡Date media vuelta y huye!, ordenó una voz dentro de mi cabeza. ¡Rápido, date media y huye, ahora que aún tienes tiempo!

Luego, otra voz interrumpió a la primera. No se va a convertir en monstruo esta noche, Lucy, decía la voz. Te estás poniendo nerviosa y asustada sin motivo.

Mi mente giraba vertiginosamente, llena de voces e ideas aterradoras. Me apoyé contra el estante de madera para mantener el equilibrio. Cerré los ojos un momento, tratando de despejarme la cabeza.

¿Cuántas fotos puedes hacer?, preguntó una voz en mi cabeza. ¿Puedes hacer tres o cuatro antes de que él se dé cuenta de lo que sucede?

Sólo necesitas una buena foto, me dijo otra voz. Una buena foto

será la prueba que necesitas.

Más te vale que canturree en voz muy alta, dijo otra voz. De lo contrario, oirá el disparo de tu cámara.

¡Date la vuelta y huye!, repitió otra voz. ¡Date la vuelta y huye!

Sólo necesitas una buena foto. No dejes que oiga el clic de tu máquina.

Di un paso hacia delante y miré por el borde del estante.

El señor Mortman se disponía a coger el tarro de las moscas, tarareando alegremente.

¡Por fin!, exclamé para mis adentros.

—Hora de cenar, mis tímidas amigas —le oí decir con alegre sonsonete. Mientras empezaba a desenroscar la tapa del tarro, su cabeza comenzó a aumentar de tamaño.

Se le hincharon los ojos, y la boca se le fue agrandando poco a poco.

Al cabo de unos momentos su monstruosa cabeza se bamboleaba sobre la camisa. Su lengua, como la de una serpiente, se movía ondulante fuera de la negra boca mientras él retiraba la tapa del tarro y sacaba un puñado de moscas.

—¡Hora de cenar, mis tímidas amigas!

¡Es el momento de sacar la foto!, pensé, haciendo acopio de valor. Me llevé la cámara a los ojos, agarrándola fuertemente con las dos manos para impedir que temblara. Luego, conteniendo el aliento, me incliné todo lo que pude hacia delante.

El señor Mortman estaba engullendo su primer puñado de moscas, masticando ruidosamente, canturreando mientras masticaba.

Procuré enfocarle en el centro del visor. Estaba tan nerviosa que me temblaba la cámara en las manos.

Menos mal que está canturreando, pensé mientras posaba el dedo en el disparador. No oirá el clic de la cámara. Podré sacar más de una foto.

El señor Mortman continuaba saboreando su primera remesa de moscas tiernas.

¡Ahora!, me dije.

Cuando me disponía a pulsar el botón, el señor Mortman se apartó de pronto. Ahogué una exclamación y me detuve justo a

tiempo. La sangre me latía con tanta fuerza en las sienes que apenas si podía ver con claridad.

¿Qué estaba haciendo el señor Mortman? Cogió otro tarro, lo depositó en la mesa y desenroscó la tapa.

Levanté de nuevo la cámara y miré por el visor. ¿Qué tenía en aquel jarro? Algo aleteaba en su interior. Tardé unos momentos en darme cuenta de que eran polillas. Polillas blancas.

Cerró el puño en torno a una de ellas y se la metió ávidamente en la boca. Otra polilla salió revoloteando del tarro antes de que él pudiera cerrar la tapa. Los ojos del señor Mortman se proyectaban hacia delante, como hongos que emergieran de su hinchada cabeza. Su boca se retorcía y contorsionaba mientras masticaba la polilla.

Contuve la respiración, me incliné hacia delante todo lo que pude, sostuve la cámara delante de los ojos y pulsé el disparador.

14

¡El flas! ¡Me había olvidado el flas! Estaba tan preocupada por el clic del disparador que había olvidado por completo que mi cámara tenía flas automático.

El señor Mortman, sobresaltado por el destello de luz blanca, lanzó un grito y levantó las manos para taparse los prominentes ojos.

Me quedé petrificada en el pasillo, horrorizada por mi descuido, por mi estupidez.

—¿Quién está ahí? —gruñó el señor Mortman, tapándose todavía los ojos.

Comprendí entonces que no me había visto aún. Aquellos enormes ojos debían de ser muy sensibles a la luz. El flas los había cegado momentáneamente.

Lanzó un monstruoso rugido que retumbó en las cuatro paredes de la vasta sala.

Me eché hacia atrás, fuera de su vista.

—¿Quién está ahí? —repitió con voz áspera—. ¡No vas a escapar!

Lo vi avanzar pesadamente en mi dirección, tambaleándose con torpeza, como si sus ojos continuaran cegados por el deslumbramiento. Sus pasos parecían hacerse más firmes por momentos, y sus ojos prominentes escrutaban las filas de estantes. Respiraba con fuerza, lanzando un furioso gruñido con cada inhalación.

—¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí?

¡Huye!, me dije, agarrando todavía la cámara con las dos manos. ¡Huye! ¿Qué esperas?

—¡No vas a escapar! —repitió el monstruo.

¡Oh, claro que escaparé!

Estaba a tres estanterías de distancia, y sus ojos escrutaban los oscuros pasillos.

Sabía que no me había visto. La luz del fias le había sobresaltado primero y cegado después.

No sabía que era yo.

Lo único que tenía que hacer ahora era largarme de allí, con la prueba a salvo en mis manos. ¿Qué estaba esperando?

Se acercó más. Ya, sólo había una estantería entre los dos.

¡Corred!, ordené a mis paralizadas piernas. ¡Corred! ¡No os quedéis ahí!

Giré en redondo y tropecé con un estante. Varios libros cayeron al suelo.

¡Corre! ¡No te pares!

Me estaba costando mucho moverme. El miedo me tenía paralizada.

¡Corre, Lucy! ¡Está detrás de ti!

Mis piernas empezaron a cooperar por fin. Con la cámara en una mano, eché a correr por el oscuro pasillo hacia el fondo de la sala.

—¡No vas a escapar! —rugió el monstruo desde el pasillo contiguo—. ¡Te oigo! ¡Sé dónde estás!

Lancé un grito de terror. Corrí ciegamente hasta el final del pasillo, torcí hacia la puerta y tropecé con un carrito para transportar libros. El carrito se volcó en el suelo y yo aterricé de bruces sobre él. La cámara fotográfica salió despedida de mi mano y se deslizó sobre el suelo.

—¡Ya te tengo! —gruñó el monstruo, acercándose rápidamente desde el pasillo contiguo.

15

Traté de levantarme, pero la pierna se me había quedado atrapada debajo del carrito.

El monstruo avanzaba hacia mí, jadeaba ruidosamente.

Yo estaba paralizada por el miedo. Traté de incorporarme, apoyándome en las manos, pero el cuerpo me pesaba una enormidad. Estoy perdida, pensé. Finalmente conseguí levantarme y liberarme del carro.

El jadeante monstruo estaba ya a sólo unos metros de mí, asomando tras una estantería.

Agarré la cámara y eché a correr hacia la puerta, sobreponiéndome al dolor de la rodilla y al zumbido que me aturdía la cabeza.

Nunca lo conseguiré. Nunca.

Y entonces oí el sonoro timbrazo. Al principio pensé que era una alarma, pero luego me di cuenta de que era el teléfono.

Llegué hasta la puerta y me volví.

El monstruo vacilaba al final del pasillo. Sus ojos negros y bulbosos flotaban delante de su cara. Su boca abierta, por cuyas comisuras caía una baba verdosa, se había retorcido en un gesto de sorpresa. Se detuvo en seco, sobresaltado por la interrupción.

¡Salvada por el timbre!, pensé llena de júbilo. Abrí la pesada puerta y salí a la libertad. Eché a correr frenéticamente hacia mi casa. Los furiosos latidos de mi corazón parecían seguir el rítmico golpeteo de mis zapatillas sobre la acera. Corría con los ojos cerrados, saboreando el aire fresco que me azotab la cara, la tibieza

del sol poniente, el revoloteo del pelo en la espalda. Me sentía libre. ¡Libre y a salvo!

Cuando abrí los ojos y aflojé el paso, me di cuenta de que estaba agarrando la cámara fotográfica con tanta fuerza que me dolían las manos. La prueba. Tenía la prueba. Una instantánea, una instantánea que había estado a punto de costarme la vida. Pero ahora tenía en mi cámara la prueba de que el señor Mortman era un monstruo.

—Tengo que mandar a revelar el carrete —dije en voz alta—. Rápidamente.

Recorrí con más calma el trecho que quedaba hasta mi casa, con la máquina sujeta bajo el brazo.

Al ver la casa me asaltó la idea escalofriante de que el señor Mortman estaría esperándome allí, que se hallaría agazapado junto al porche para arrebatarme la cámara, para despojarme de mi prueba.

Me detuve indecisa al principio del camino.

No había nadie allí. ¿Estaría escondido entre los arbustos? ¿Estaría al otro lado de la casa?

Subí lentamente por el césped. Te estás portando como una estúpida, me dije. Es imposible que el señor Mortman haya llegado aquí antes que tú. Además, ni siquiera estaba segura de que me hubiese reconocido. Había apagado las luces de la biblioteca, y la sala estaba a oscuras. Sólo había conseguido acercarse hasta el pasillo contiguo al mío, y además había estado un buen rato deslumbrado por el fogonazo del fias.

Empecé a respirar un poco más tranquila. Sí, era posible que el bibliotecario no supiese a quién estaba persiguiendo, era posible que no hubiera tenido tiempo de reconocerme.

El coche de mi padre comenzó a subir por el camino en el momento en que yo llegaba al porche. Corrí tras él, dando la vuelta a la casa hasta la parte trasera.

—¡Papá! —llamé al verle salir del coche.

—¡Hola! ¿Cómo te va? —preguntó. Tenía el traje arrugado y el pelo revuelto. Parecía cansado.

—Papá, ¿podemos llevar a revelar este carrete… enseguida? —pregunté, enseñándole la máquina.

—Hablaremos de ello durante la cena, ¿vale?

—¡No, papá! —insistí—. Tengo que revelarlo cuanto antes. Hay algo muy importante en él.

Pasó por delante de mí en dirección a la casa, hatiendo rechinar la grava del camino con sus zapatos.

Le seguí, con la mano que sostenía la cámara todavía levantada.

—¡Por favor, papá! Es muy importante. ¡Muy importante!

Se volvió con una risita.

—¿De qué se trata? ¿De una foto de ese chico que ha venido a vivir a la casa de enfrente?

—No —repliqué con tono enfadado—. Hablo en serio, papá. Llévame al centro. Hay una tienda de revelados en una hora.

—¿Se puede saber qué es eso tan importante? —preguntó, poniéndose serio. Se pasó la mano por la cabeza, alisándose su tupido pelo negro.

Sentí el impulso de decírselo, de decirle que tenía una foto del monstruo, pero me contuve. Sabía que no me creería, sabía que no me tomaría en serio y que no me llevaría al centro para que me revelaran el carrete.

—Te lo enseñaré cuando esté revelado —respondí.

Abrió la puerta de rejilla y entramos en la cocina. Papá olfateó el aire un par de veces para captar el olor a comida. Mamá entró desde el pasillo para saludarnos.

—No olfatees —le dijo—. No hay nada preparado. Esta noche cenaremos fuera.

—¡Estupendo! —exclamé—. Podemos comer en ese restaurante chino que tanto te gusta y que está en las galerías comerciales del centro. —Me volví hacia mi padre—. ¡Por favor, papá! Así me revelarán el carrete mientras cenamos.

—Podríamos tomar una cena china —dijo mamá pensativa. Luego me miró—. ¿Por qué tienes tantas ganas de revelar ese carrete?

—Es un secreto —explicó mi padre antes de que yo pudiera contestar—. No quiere decirlo.

No pude callarme por más tiempo.

—Es una foto que le he sacado al señor Mortman —les dije, llena de excitación—. Es mi prueba de que es un monstruo.

Mamá hizo rodar los ojos. Papá meneó la cabeza.

—¡Es la prueba! —insistí—. ¡Seguro que cuando veáis la foto me creeréis.

—Tienes toda la razón —repuso sarcásticamente papá—. Lo creeremos cuando lo veamos.

—¡Randy! ¡Baja! —gritó mamá—. ¡Vamos a ir a cenar al restaurante chino del centro!

—Oh, ¿vamos a cenar comida china? —se quejó mi hermano, como de costumbre.

—Pediré tallarines *lo mein* para ti. Sé que te gustan —le dijo mamá—. Date prisa. Tenemos hambre.

Pulsé el botón de mi cámara que accionaba el rebobinado de la película.

—Antes de cenar dejaré el carrete para que lo revelen —les dije—. Así podremos recogerlo después de la cena.

—Prométeme que esta noche no hablarás de monstruos —me advirtió mamá con tono severo—. No quiero que asustes a tu hermano.

—Lo prometo —respondí, sacando el carrete de la cámara y agarrándolo entre los dedos.

Después de cenar, pensé, no tendré que hablar de monstruos. ¡Os enseñaré uno!

Tuve la impresión de que la cena duraba una eternidad.

Randy no dejó de quejarse en todo el rato. Dijo que los tallarines tenían un gusto raro, que las chuletas de cerdo eran demasiado grasientas y que la sopa estaba demasiado caliente. Derramó su vaso de agua por todo el mantel.

Yo no prestaba apenas atención a lo que se hablaba en la mesa pues no hacía más que pensar en la foto. Ardía en deseos de verla y de enseñársela a papá y a mamá.

Imaginaba la cara que pondrían cuando viesen que yo tenía razón, que no se trataba de ningún rollo, que el señor Mortman era realmente un monstruo. Imaginaba también la escena de mis padres presentándome sus excusas y prometiendo que nunca volverían a dudar de mí.

«No sabes cuánto lo siento —imaginaba que diría papá—. Te voy a comprar ese ordenador que me pedías.»

«Y una bici nueva —imaginaba que diría mamá—. Por favor, perdónanos por haber dudado de ti.»

«Y yo también lo siento —imaginaba que diría Randy—. He sido un estúpido.»

«Y en lo sucesivo puedes quedarte levantada todos los días hasta las doce de la noche, incluso los días de escuela», imaginé que diría papá.

La voz de mamá irrumpió de pronto en mis ensoñaciones.

—Lucy, creo que no has oído una sola palabra de lo que te he dicho —me reprendió.

—No… es que… estaba pensando en otra cosa —confesé. Cogí los palillos y me llevé un montoncito de arroz a la boca.

—¡Estaba pensando en monstruos! —exclamó Randy, levantando las manos sobre la mesa y engarfiando los dedos, como si fuese un monstruo a punto de atacarme.

—¡No quiero historias de monstruos! —atajó mamá con aspereza.

—¡No me mires a mí! —exclamé—. ¡Lo ha dicho él, no yo! —Y señalé a Randy con dedo acusador.

—Terminad la cena —ordenó papá con tono sosegado. Le corría un hilillo de grasa por la barbilla.

Finalmente nos trajeron los pastelillos de la suerte. El mensaje del mío decía no sé qué de esperar a que brille el sol cuando se abren las nubes.

Papá pagó la cuenta. Randy estuvo a punto de tirar otro vaso de agua cuando nos levantábamos. Yo salí corriendo del restaurante. Estaba tan excitada, tan impaciente, que no podía esperar ni un instante más.

La tiendecita de fotos estaba en la última planta. Salté a la escalera automática, agarré la barandilla y subí hasta arriba. Después irrumpí en la tienda, fui hasta el mostrador y, con voz jadeante, me dirigí a la joven que manipulaba la máquina de revelado.

—¿Están ya mis fotos?

Se volvió, sobresaltada.

—Creo que sí. ¿A nombre de quién?

Se lo dije. Ella se dirigió hacia una fila de sobres amarillos y

empezó a buscar entre ellos.

Yo tamborileaba nerviosamente con los dedos sobre el mostrador, mirando los sobres. ¿No podía darse un poco más de prisa?

Repasó todos los sobres y luego se volvió hacia mí.

—¿Qué nombre me has dicho?

Le repetí mi nombre, tratando de disimular mi exasperación. Me incliné ávidamente sobre el mostrador, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho y observé cómo revisaba de nuevo los sobres amarillos, moviendo los labios mientas leía los nombres.

Finalmente, sacó uno y me lo tendió.

Lo cogí y empecé a abrirlo.

—Son catorce dólares —me dijo.

Me di cuenta de que no tenía dinero.

—Voy a tener que ir a buscar a mi padre —expliqué, sin soltar el precioso envoltorio.

Al volverme apareció papá en la puerta. Mamá y Randy esperaban fuera.

Pagó.

Salí de la tienda con el sobre. Me temblaban las manos mientras lo abría y sacaba las fotos.

—Cálmate, Lucy —dijo mamá con tono preocupado.

Miré las fotos. Todas eran de la fiesta de cumpleaños de Randy.

Las fui pasando rápidamente, mirando las sonrientes caras de los estúpidos amigos de Randy.

¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde está?

Era la última foto, naturalmente, la de abajo del todo.

—¡Aquí está! —exclamé.

Papá y mamá se inclinaron para mirar por encima de mi hombro.

Las otras fotos se me cayeron de la mano y se desparramaron por el suelo mientras yo levantaba la fotografía hasta la altura de los ojos, conteniendo el aliento.

16

La foto era nítida.

El centro estaba ocupado por la amplia mesa del señor Mortman, bañada por un estallido de luz brillante. Sobre la mesa se veían algunos papeles, el recipiente de las tortugas en una esquina y un montoncito de libros.

Detrás de la mesa aparecía la parte superior del alto taburete de madera del señor Mortman, y tras el taburete los estantes y el tarro de cristal con las moscas, pero no había ningún monstruo. No estaba el señor Mortman. No había absolutamente nadie en aquella fotografía.

—¡Estaba… estaba ahí! —exclamé—. ¡Detrás de la mesa!

—La sala parece vacía —observó papá, mirando por encima de mi hombro la foto que yo sujetaba con mano temblorosa.

—Ahí no hay nadie —dijo mamá, que se volvió a mirarme.

—Estaba ahí —insistí, sin poder apartar los ojos de la fotografía —. Justamente ahí. —Señalé el lugar donde había estado el monstruo.

Randy se echó a reír.

—Déjame ver. —Me quitó la foto y la examinó—. ¡Ya lo veo! —exclamó—. ¡Es invisible!

—No tiene ninguna gracia —repliqué débilmente. Le arrebaté la foto y lancé un suspiro de consternación. Sentí deseos de que me tragara la tierra para siempre.

—¡Es invisible! —repitió Randy con alborozo, saboreando su propia broma.

Mamá y papá me miraban con expresión preocupada.

—¿No lo veis? —exclamé, agitando la foto con la mano—. ¿No lo veis? Esto es la prueba, esto es la prueba de que es un monstruo. ¡No sale en las fotografías!

Papá meneó la cabeza y frunció el ceño.

—Lucy, ¿no crees que has llevado la broma demasiado lejos?

Mamá me apoyó una mano en el hombro.

—Empiezas a preocuparme realmente —dijo con voz suave—. Te estás creyendo tu propia broma sobre los monstruos.

—¿Podemos tomar un helado? —preguntó Randy.

—No puedo creer que estemos haciendo esto —se quejó Aaron.

—Cállate. Me lo debes —exclamé.

Era el día siguiente por la tarde. Estábamos agazapados, escondidos tras los pequeños arbustos que crecían a un lado de la biblioteca.

Hacía fresco. El sol comenzaba ya a ponerse detrás de los árboles y proyectaba largas sombras azuladas sobre el césped.

—¿Que te lo debo? —protestó Aaron—. ¿Estás loca?

—Me lo debes —repetí—. Ayer tenías que haber venido conmigo a la biblioteca, ¿no te acuerdas? Me dejaste plantada.

Se sacudió un insecto de la pecosa nariz.

—¿Y cómo iba a venir si tenía hora con el dentista? —Hablaba de forma rara, vocalizando mal. Aún no se había acostumbrado al aparato.

—Bueno, yo contaba contigo y tú me dejaste plantada —insistí— y además me has buscado un montón de problemas.

—¿Qué clase de problemas? —Se dejó caer al suelo, donde permaneció con las piernas cruzadas y la cabeza agachada detrás del arbusto.

—Mis padres me han prohibido que vuelva a hablar del señor Mortman o a mencionar que es un monstruo —respondí.

—Bueno.

—Nada de bueno. Eso quiere decir que te necesito, Aaron. Necesito que tú compruebes que estoy diciendo la verdad y se lo cuentes a mis padres. —Se me quebró la voz—. Creen que estoy loca. ¡De verdad!

Empezó a replicar, pero se dio cuenta de que yo estaba

realmente alterada, así que se interrumpió.

Las hojas de los árboles, agitadas por una fresca brisa, parecían susurrarnos algo.

Yo mantenía los ojos fijos en la puerta de la biblioteca. Eran las cinco y veinte. Pasaba bastante de la hora de cierre, y el señor Mortman tenía que salir de un momento a otro.

—¿Así que vamos a seguir al señor Mortman y a espiarle en su casa? —preguntó Aaron, rascándose la nuca—. ¿Por qué no lo miramos por la ventana de la biblioteca?

—Esa ventana es demasiado alta —respondí—. Tenemos que seguirle. Me dijo que suele ir andando a casa todos los días. Quiero que lo veas convertirse en monstruo —dije, mirando por encima del arbusto—. Quiero que me creas.

—Y si digo que ya te creo —preguntó Aaron, sonriendo—, ¿podremos entonces irnos a casa?

—¡Chist! —Le tapé la boca con una mano.

Se estaba abriendo la puerta de la biblioteca. Apareció el señor Mortman. Aaron y yo nos agachamos. Atisbé por entre las ramas del arbusto. El bibliotecario se volvió para cerrar la puerta. Llevaba una camisa deportiva de manga corta a rayas rojas y blancas y pantalones anchos de color gris. Se cubría la calva con una gorra de béisbol roja.

—No te acerques demasiado —le susurré a Aaron—. Procura que no te vea.

—Buen consejo —comentó Aaron con ironía.

Nos apoyamos en las rodillas y esperamos a que el señor Mortman enfilara la acera. Se detuvo un momento en los escalones mientras se guardaba las llaves en el bolsillo del pantalón. Luego, canturreando por lo bajo, echó a andar por el camino y se alejó de nosotros.

—¿Por qué canturrea? —preguntó Aaron en un murmullo.

—Siempre lo hace —respondí en voz baja. El señor Mortman estaba ya a más de media manzana de distancia—. Vamos —dije, poniéndome rápidamente en pie.

Me mantuve al resguardo de las sombras que proyectaban los árboles y los arbustos y fui siguiendo al bibliotecario. Aaron me iba pisando los talones.

—¿Sabes dónde vive? —me preguntó.

Me volví hacia él, con el ceño fruncido.

—Si supiera dónde vive no tendríamos que seguirle.

—Oh, claro.

La cosa nos resultó un poco más difícil de lo que yo imaginaba. Teníamos que atajar por jardines de casas, y en algunos había perros que se ponían a ladrar cuando nos veían. En otros había sistema de riego por aspersión en funcionamiento. Otros tenían espesos setos que nos veíamos obligados a atravesar.

Al llegar a cada esquina, el señor Mortman se detenía y miraba a derecha e izquierda para ver si venía algún coche. Cada vez me asaltaba el temor de que mirase también por encima del hombro y se diera cuenta de que le seguíamos.

Vivía más lejos de lo que yo pensaba. Después de recorrer varias manzanas apareció ante nosotros un terreno liso, amplio y desierto, sin edificaciones.

El señor Mortman echó a andar a través del terreno despejado, con pasos rápidos y moviendo rítmicamente los brazos. No teníamos más remedio que seguirle por el aquel espacio abierto. No había lugares en los que esconderse, ni arbustos, ni setos tras los que agazaparse.

Estábamos completamente al descubierto. Sólo podíamos rezar para que no se girara a mitad del camino y nos viera.

Al otro extremo se alzaba un grupo de casas viejas y pequeñas, la mayoría de ellas de ladrillo, con diminutos jardines al borde de la calle.

El señor Mortman se dirigió hacia uno de aquellos bloques de casas. Aaron y yo nos acurrucamos detrás de un buzón y le vimos encaminarse a una casa situada en medio del bloque. Subió los escalones de entrada y se metió la mano en el bolsillo para coger las llaves.

—Ya está —le susurré a Aaron—. Lo hemos conseguido.

—Creo que mi amigo Ralph vive en este mismo bloque —dijo él.

—¿Y eso qué importa? —exclamé—. Lo que tienes que hacer es estar atento a lo que nos ha traído aquí.

Esperamos hasta que el señor Mortman hubo desaparecido en el interior de la casa, y entonces nos acercamos más. Su vivienda

estaba recubierta de chapas de madera blanca que necesitaban una buena mano de pintura. Tenía delante un pequeño jardín rectangular de hierba recién cortada, flanqueado por altos lirios amarillos.

Aaron y yo nos dirigimos rápidamente a un lado de la casa, desde el que se llegaba a la parte trasera a través de una estrecha franja de hierba. La ventana de la fachada era lo bastante alta como para que pudiéramos pasar bajo ella sin ser vistos.

Se encendió una luz en la ventana.

—Debe de ser la sala de estar —susurré.

Aaron tenía cara de miedo. Sus pecas parecían mucho más pálidas que de costumbre.

—Esto no me gusta —dijo.

—Lo más difícil era seguirle —le aseguré—. Ahora la cosa es más fácil. Sólo tenemos que observarle por la ventana.

—Pero la ventana es demasiado alta —indicó Aaron—. No podemos ver nada.

Tenía razón. Desde debajo de la ventana, lo único que podía ver era el techo de la sala de estar.

—Tendremos que subirnos a algo —sugerí.

—¿Sí? ¿A qué?

Me di cuenta de que Aaron no iba a ser de gran ayuda. Estaba demasiado asustado, y la nariz se le estremecía espasmódicamente como el hocico de un conejo. Decidí mantenerlo ocupado para que no le dominara el pánico y se escapara.

—Vete a la parte de atrás. Mira a ver si hay una escalera o alguna otra cosa —susurré, señalándole la trasera de la vivienda.

Se encendió otra luz, esta vez en una de las ventanas de atrás. Probablemente la cocina. También estaba demasiado alta como para poder ver por ella.

—Espera. ¿Qué te parece eso? —preguntó Aaron. Seguí su mirada y vi una carretilla inclinada contra un costado de la casa.

—Sí. Quizá sirva —dije—. Tráela. Intentaré subirme a ella.

Aaron se dirigió hacia la carretilla, agachando la cabeza y los hombros. La separó de la casa, agarrándola por las varas, y luego la llevó bajo la ventana.

—Sosténla bien —dije.

Agarró las varas de madera y me miró con expresión temerosa.

—¿Estás segura de que servirá?

—Probaré —respondí, levantando la vista hacia la ventana.

Me apoyé en el hombro de Aaron y salté a la carretilla. Él la sujetó firmemente mientras yo trataba de mantener el equilibrio.

—Está inclinada —murmuré, apoyando una mano en la casa para no caer.

—Lo estoy haciendo lo mejor que puedo —gruñó Aaron.

—Así. Creo que puedo sostenerme —dije. No estaba a mucha distancia del suelo, pero no resultaba nada cómodo ni fácil mantener el equilibrio en una carretilla.

No muy lejos ladró un perro. Confié que no nos ladrase a Aaron y a mí. Otro perro, más cercano aún, comenzó a ladrar también y se estableció un diálogo de ladridos.

—¿Llegas a ver algo? —preguntó Aaron.

Con una mano apoyada todavía en la casa, levanté la cabeza y atisbé el interior por el borde del alféizar.

—Sí —dije—. Hay un acuario grande delante de la ventana, pero puedo ver casi toda la sala de estar.

En ese preciso instante la cara del señor Mortman apareció a unos centímetros de la mía.

¡Me estaba mirando!

17

Contuve una exclamación y perdí el equilibrio. Caí al suelo, resbalando por el borde de la carretilla y golpeándome en los codos y las rodillas.

—¡Ay!

—¿Qué te ha pasado? —exclamó Aaron, alarmado.

—¡Me ha visto! —exclamé con voz estrangulada por el dolor.

—¿Qué?

Levantamos la vista hacia la ventana. Yo esperaba ver al señor Mortman mirándonos, pero no, ni rastro de él. Me puse rápidamente en pie.

—Quizás estaba mirando el acuario —susurré, indicando a Aaron que levantara la carretilla—. Puede que no me haya visto.

—¿Qué vas a hacer? —tartamudeó Aaron.

—Subirme otra vez, por supuesto —respondí. Me temblaban las piernas mientras trepaba de nuevo a la carretilla. Me agarré al borde del alféizar y me icé a pulso.

El sol se había puesto casi por completo. La oscuridad exterior hacía más fácil ver el interior de la casa, y confiaba que al señor Mortman le resultase más difícil ver lo que había fuera.

No podía decirse que mi punto de observación fuese bueno. El acuario, abarrotado de peces tropicales de vivos colores, me ocultaba la mayor parte de la habitación.

Si fuese un poco más alta, pensé, podría ver por encima, pero enseguida caí en la cuenta de que si hubiese sido más alta el señor Mortman me habría visto.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Aaron con un tembloroso suspiro.

—Nada… ¡Un momento!

El señor Mortman estaba mirando los peces. Se hallaba a un par de metros escasos de mí, al otro lado del acuario.

Quedé petrificada, con las manos apoyadas en la pared de la casa.

Él miró el interior del acuario y una sonrisa apareció en su rostro rechoncho. Se había quitado la gorra roja de béisbol. Su calva parecía amarilla a la luz de la lámpara de la sala de estar.

Movió la boca. Estaba diciéndoles algo a los peces tropicales del acuario, aunque no podía oírle a través del cristal. Y entonces, mientras sonreía a los peces, empezó a transformarse.

—Lo está haciendo —le susurré a Aaron—. Se está convirtiendo en monstruo.

Mientras contemplaba cómo se hinchaba la cabeza del señor Mortman y se le salían los ojos de las órbitas, me invadieron unas extrañas sensaciones. Estaba muerta de miedo pero al mismo tiempo fascinada. Resultaba excitante encontrarse a menos de dos metros de un monstruo de verdad, y me sentía contenta y aliviada de que Aaron fuese a ver finalmente por sí mismo que lo que yo decía era verdad.

De pronto la boca del señor Mortman se agrandó y empezó a girar, convertida en un vertiginoso agujero negro en su rostro hinchado y amarillento. El miedo se apoderó de mí. Quedé paralizada, con la cara contra la ventana, sin parpadear siquiera.

Vi cómo metía una mano en el acuario. Sus dedos gordezuelos se enroscaron en torno a un esbelto pez azul. Lo sacó del agua y se lo metió en la boca. Pude ver cómo los dientes largos y amarillentos de su enorme boca mordían y masticaban al pez, que se retorcía entre ellos.

Luego, mientras yo seguía mirando con creciente terror, el señor Mortman sacó un caracol negro del acuario, lo sujetó entre dos dedos y se lo metió en la boca. Sus dientes aplastaron con fuerza la concha, que se partió con un crujido tan fuerte que lo oí a través del cristal de la ventana. Se me revolvió el estómago y sentí náuseas.

El señor Mortman se tragó el caracol, y después alargó la mano

para sacar otro del acuario.

—Creo que voy a devolver —le dije a Aaron en un susurro.

Aaron. Me había olvidado por completo de él. Estaba tan fascinada por el monstruo, tan excitada, tan aterrorizada al verle tan cerca que había olvidado el objeto de nuestra presencia allí.

—Aaron, ayúdame a bajar —cuchicheé—. Rápido.

Sin dejar de mirar por la ventana, alargué una mano hacia abajo para que Aaron me la cogiera.

—¡Date prisa! Ayúdame a bajar para que puedas subir tú. ¡Tienes que ver esto! ¡Tienes que ver al monstruo!

No respondió.

—¿Aaron? ¿Aaron?

Aparté la vista de la ventana y miré hacia abajo.

Aaron había desaparecido.

18

Sentí una punzada de pánico en el pecho. Todo mi cuerpo se estremecía convulsivamente de pavor. ¿Dónde estaba? ¿Había huido? ¿Estaba Aaron tan asustado que se había marchado sin decirme nada?

¿Le había ocurrido algo, algo realmente malo?

—¿Aaron? ¿Aaron? —Presa del pánico, olvidé que estaba a un par de metros del monstruo y empecé a gritar—. ¡Aaron! ¿Dónde estás?

—Chist —oí un susurro procedente de la parte trasera de la casa, y en ese momento vi a Aaron, que caminaba rápidamente hacia mí por la estrecha franja de hierba—. Estoy aquí, Lucy.

—¿Adónde habías ido?

Señaló hacia la trasera.

—Pensé que quizá pudiera encontrar una escalera o alguna otra cosa para poder ver yo también.

—¡Me has dado un susto de muerte! —exclamé.

Volví los ojos hacia la ventana. El señor Mortman estaba succionando una anguila escurridiza como si fuese un espagueti.

—Deprisa, Aaron, ayúdame a bajar —le pedí, conmocionada todavía por el susto de su desaparición—. Tienes que ver esto. Tienes que verlo antes de que vuelva a transformarse.

—¿Es… es realmente un monstruo? —Estaba boquiabierto por la sorpresa—. ¿No estás bromeando?

—¡Sube! —exclamé con impaciencia.

Al intentar bajar al suelo, la carretilla se escurrió debajo de mí,

volcó de costado y las varas rozaron la pared de la casa. Levanté las manos para agarrarme al alféizar, pero caí pesadamente encima de la carretilla. Lancé un grito al sentir un agudo dolor en el costado. Levanté los ojos y vi la sorprendida cara del monstruo que me miraba a través del cristal. Traté de incorporarme, pero el punzante dolor del costado me impedía respirar.

—¡Aaron, ayúdame!

Él corría ya en dirección a la calle, con los brazos extendidos hacia delante, como si intentara aferrarse a algo.

Hice caso omiso del dolor que sentía en el costado y me puse trabajosamente en pie. Avancé un paso, tambaleándome, luego otro. Sacudí la cabeza, tratando de disipar mi aturdimiento. Luego inhalé una profunda bocanada de aire y eché a correr detrás de Aaron hacia la calle.

A los cuatro o cinco pasos sentí que las manos del señor Mortman, sorprendentemente fuertes, me agarraban de los hombros por detrás.

19

Intenté gritar pero no salió ningún sonido de mi boca. Me agarraba firmemente de los hombros. Notaba sus manos calientes y húmedas a través de la camiseta. Traté de soltarme, pero era demasiado fuerte. Me hizo dar media vuelta. Su cara volvía a ser normal. Me miró de soslayo con sus ojillos negros, como si no pudiera dar crédito a lo que veía.

—¡Lucy! —exclamó con su voz áspera.

Me soltó los hombros y retrocedió un paso. Yo jadeaba convulsivamente. Estaba aterrorizada y sentía como si me fuera a estallar el pecho. ¿Cómo había vuelto a cambiar tan rápidamente desde su forma de monstruo? ¿Qué me iba a hacer?

—Caramba, Lucy, creía que eras un ladrón —dijo meneando la cabeza. Se sacó un pañuelo blanco del bolsillo posterior del pantalón y se enjugó la frente sudorosa.

—Lo… lo siento —tartamudeé con un estrangulado susurro.

Formó una bola con el pañuelo entre sus gordezuelas mano y se lo volvió a meter en el bolsillo.

—¿Qué haces aquí?

—Pues… —El corazón me golpeaba con fuerza el pecho y sentía el latir de la sangre en las sienes. Me dolía el costado por el golpe que me había dado al caer sobre la carretilla.

Traté de pensar con claridad. Tema que inventarme una respuesta. Era preciso.

—Pues… —empecé de nuevo, pensando desesperadamente—. Yo… esto… he venido a decirle que… bueno, que mañana llegaré

un poco tarde a lo de los Jóvenes Lectores.

Entornó los ojos y me miró pensativamente.

—Pero, ¿por qué estabas mirando por mi ventana? —preguntó.

—Pues… sólo…

¡Piensa, Lucy! ¡Piensa!

—Sólo quería saber si estaba usted en casa o no, para poder decírselo. Ya sabe lo de la cita de mañana.

Le miré fijamente a la cara para parecer sincera y di un paso hacia atrás por si tenía que salir corriendo.

¿Me creía? ¿Se lo estaba tragando? No lo sabía. Él continuó mirándome pensativamente. Se acarició la papada.

—No era necesario que hicieras todo el camino hasta aquí —dijo suavemente—. ¿Has venido en bici? —Sus ojillos escrutaron el césped.

—No. Yo… he venido andando. Me gusta andar —respondí con torpeza.

—Está oscureciendo —dijo—. Deberías llamar a tu padre o a tu madre para que vengan a recogerte. ¿Por qué no entras y les llamas por teléfono?

¿Entrar? ¿Entrar en la casa del monstruo? ¡Ni hablar!

—Oh… no, gracias, señor Mortman —respondí, retrocediendo otro paso hacia la calle—. A mis padres no les importa que vaya andando a casa. No está tan lejos, de verdad.

—No, no, sería mejor que llamaras —replicó él con una extraña sonrisa en su cara de topo. Señaló hacia la casa—. Vamos, Lucy, entra. El teléfono está en la salita. Vamos, no te voy a comer.

Me estremecí. Acababa de verle comer caracoles. Y anguilas. No tenía la menor intención de entrar en aquella casa. Sabía que si entraba, lo más probable era que no volviera a salir jamás de ella.

—Tengo… tengo que irme —dije, haciendo un gesto de despedida con la mano. Sentí que el miedo me recorría la espalda con un temblor helado y se extendía luego por todo el cuerpo. Sabía que si en aquel mismo momento no escapaba de allí, el terror me paralizaría y no podría huir.

—Lucy… —insistió el señor Mortman.

—No. De veras. Adiós, señor Mortman. —Volví a hacer el gesto de despedida, di media vuelta y eché a correr hacia la calle.

—¡No deberías haber venido hasta aquí! —exclamó a mis espaldas con su voz aguda y rasposa—. ¡No deberías haber venido!

Lo sé, pensé.

Eché a correr a lo largo de la calle, volví la esquina y continué corriendo junto al bloque siguiente. ¿Estaba escapando realmente? No podía creer que se hubiera tragado una excusa tan pobre.

¿Por qué me estaba dejando escapar?

Aflojé el paso. Me seguía doliendo el costado, y de pronto me entró un agudo dolor de cabeza.

Había caído la noche. Los coches llevaban los faros encendidos. Una nubecilla oscura flotaba sobre una pálida media luna que comenzaba a remontarse sobre la franja púrpura y gris del horizonte.

Me disponía a cruzar la calle para atravesar el despejado terreno por el que había venido cuando unas manos me agarraron de nuevo por los hombros. Lancé un grito ahogado y giré en redondo, esperando ver al monstruo.

—¡Aaron! —exclamé. Tragué saliva, intentando sobreponerme a mi miedo—. ¿Dónde…?

—Te estaba esperando —dijo. Le temblaba la voz y apretaba los puños. Parecía estar a punto de echarse a llorar.

—Aaron…

—Te he estado esperando todo el rato —dijo con voz aguda—. ¿Qué hacías? Tenía mucho miedo.

—Estaba allí —le dije.

—Pues yo estaba a punto de llamar a la policía —explicó Aaron —. Estaba escondido al final del bloque y…

—¿Lo has visto? —pregunté ansiosamente, recordando de pronto por qué habíamos arriesgado la vida aquella noche—. ¿Has visto al señor Mortman?

Aaron meneó la cabeza.

—No. Estaba demasiado lejos.

—Pero antes —insistí—. Por la ventana. Cuando era un monstruo. ¿No le viste entonces? ¿No le viste comer los caracoles y las anguilas?

Aaron meneó de nuevo la cabeza.

—No vi nada, Lucy —respondió en voz baja—. Lo siento. Ojalá

lo hubiera visto.

Menuda ayuda, pensé con amargura. ¿Qué iba a hacer ahora?

20

—No entiendes, mamá. ¡No puedo ir!

—No te estoy dando a elegir, Lucy. Vas a ir y se acabó.

Era la tarde siguiente. El tiempo estaba gris y tormentoso, y mamá y yo nos encontrábamos en la cocina, discutiendo. Yo trataba de decirle que de ninguna manera iba a acudir a la entrevista de los Jóvenes Lectores en la biblioteca, pero ella insistía en que tenía que ir.

—Tienes que creerme, mamá —supliqué. Procuraba no lloriquear, pero mi voz se iba tornando cada vez más aguda—. El señor Mortman es un monstruo. No puedo volver más a la biblioteca.

Mamá hizo un gesto de disgusto y arrojó sobre la repisa el trapo de cocina que había estado doblando.

—Lucy, tu padre y yo estamos más que hartos de tus estúpidas historias de monstruos.

Se volvió para mirarme, con el enfado brillando en sus ojos.

—Lucy, no tienes ninguna constancia. Nunca pones suficiente empeño. Eres perezosa. Ése es tu problema.

—El señor Mortman es un monstruo —le interrumpí—. Ése es mi problema.

—Bueno, pues me da lo mismo —replicó mamá con dureza—. Por mí como si se convierte por las noches en un hombre lobo. No vas a dejar lo de los Jóvenes Lectores. Vas a acudir a tu entrevista de esta tarde aunque tenga que llevarte yo misma de la mano.

—¿Serías capaz de hacerlo? —pregunté.

Cruzó por mi cabeza la idea de mamá escondida entre los libros para ver por sí misma cómo se convertía en monstruo el señor Mortman, pero supongo que ella pensó que se trataba de un sarcasmo porque frunció el ceño y salió de la cocina.

Una hora después yo subía los escalones de piedra de la vieja biblioteca. Llovía a cántaros, pero no llevaba paraguas. Me daba igual empaparme.

El pelo me chorreaba. Al entrar en el vestíbulo sacudí la cabeza, esparciendo gotas de agua en todas direcciones.

Me estremecí, más por miedo al encontrarme de nuevo en aquel horrible lugar que por frío. Me quité la mochila, que también estaba empapada.

¿Cómo voy a mirar a la cara al señor Mortman?, me pregunté mientras me dirigía de mala gana a la sala de lectura. ¿Cómo me voy a poner delante de él después de lo de anoche? Sin duda sospecha que conozco su secreto. Es imposible que me creyera anoche.

Me sentía furiosa contra mamá por haberme obligado a ir allí.

¡Ojalá se convierta otra vez en monstruo y me coma viva!, pensé con amargura. Eso le serviría de lección a mamá.

Me imaginé a mamá, a papá y a Randy sentados en nuestro cuarto de estar, afligidos, llorando a lágrima viva, gimiendo: «¡«Si la hubiéramos creído! ¡Si la hubiéramos hecho caso!»

Me dirigí lentamente por delante de las largas filas de libros hasta la parte delantera de la sala, sosteniendo ante mí la empapada mochila como si se tratara de un escudo. Comprobé con alivio que no estaba sola, que había dos niños con sus madres y un par de mujeres más curioseando en la sección de libros de misterio.

Estupendo, pensé, empezando a tranquilizarme. El señor Mortman no se atreverá a hacer nada mientras la biblioteca esté llena de gente.

El bibliotecario llevaba esta vez un jersey verde de cuello alto que le daba el aspecto de una tortuga redonda y voluminosa. Estaba poniendo el sello a un montón de libros y no levantó la vista cuando me acerqué a la mesa.

Carraspeé nerviosamente.

—¿Señor Mortman?

Tardó un rato en levantar la vista. Cuando finalmente lo hizo, me dirigió una cálida sonrisa.

—Hola, Lucy. ¿Puedes esperar unos minutos, por favor?

—Desde luego —respondí—. Me secaré mientras.

No parece enfadado en absoluto, pensé mientras me dirigía a una de las mesas alargadas. Quizá se creyó realmente el rollo que le solté anoche. Quizá no sabe que le he visto convertirse en monstruo. Quizá salga viva de aquí…

Tomé asiento ante la mesa y me sacudí un poco más de agua del pelo. Clavé la vista en el gran reloj de pared, esperando nerviosamente que me llamara para la entrevista. Se oía el sonoro tictac del reloj. Cada segundo parecía durar un minuto.

Los niños que estaban con sus madres eligieron algunos libros y se marcharon. Volví la vista hacia la sección de novelas de misterio y vi que las dos mujeres se habían ido también. Sólo quedábamos el bibliotecario y yo.

El señor Mortman movió una pila de libros sobre su mesa y se puso en pie.

—Enseguida vuelvo, Lucy —dijo con otra amistosa y tranquilizadora sonrisa—. Entonces podremos hablar.

Se apartó de la mesa y se dirigió con paso rápido hacia la parte posterior de la sala de lectura. Yo supuse que iba al lavabo.

Un súbito y breve resplandor apareció en el oscuro cielo, al otro lado de la ventana. Le siguió el retumbar del trueno.

Me levanté de la mesa y, sosteniendo por las correas mi empapada mochila, me dirigí hacia la mesa del señor Mortman. Me encontraba a mitad de camino cuando oí el sonoro chasquido metálico. Comprendí al instante que había cerrado la puerta de la biblioteca. Poco después regresó con paso vivo sonriendo todavía y frotándose las manos gordezuelas y pálidas.

—Bien, ¿hablamos de tu libro? —preguntó, acercándose a mí.

—Señor Mortman… ha cerrado usted la puerta —dije, tragando saliva.

Siguió sonriendo.

—Sí. Naturalmente —respondió con voz suave, mirándome fijamente. Continuaba con las manos entrelazadas ante sí.

—Pero… ¿por qué? —tartamudeé.

Acercó su rostro al mío y se esfumó su sonrisa.

—Sé por qué fuiste anoche a mi casa —me gruñó al oído—. Lo sé todo.

—Pero señor Mortman, yo…

—Lo siento —me interrumpió con voz gutural—, pero no puedo dejarte marchar, Lucy. No puedo dejarte salir de la biblioteca.

21

—Oooh. —Un gemido de terror escapó de mis labios.

Clavé la vista en él, sin moverme, para saber si hablaba en serio o no, si sus palabras respondían realmente a sus intenciones. Mientras le miraba, su cabeza empezó a hincharse. Sus ojos diminutos y redondos se proyectaron fuera de las órbitas y crecieron hasta convertirse en palpitantes bulbos negros.

—Ooooh.

De nuevo escapó de mis labios el aterrorizado sonido, y un estremecimiento de terror me recorrió toco el cuerpo.

Su cabeza palpitaba rítmicamente ahora, como si fuese un corazón. Su boca se abrió en una espantosa sonrisa, y un hilillo de baba verdosa se deslizó por su temblorosa barbilla.

¡Muévete!, me dije. ¡Muévete, Lucy! ¡Haz algo!

Su repulsiva sonrisa se hizo más amplia. Su enorme cabeza oscilaba y palpitaba excitadamente. Lanzó un sordo gruñido de ataque y alargó los dos brazos para apresarme.

—¡No! —grité.

Me eché hacia atrás y le golpeé fuertemente con la mochila en el fláccido estómago. El golpe le cogió por sorpresa y le dejó sin aliento.

Solté la mochila, giré en redondo y eché a correr. Él me seguía, pisándome los talones. Oía su respiración jadeante y sus gruñidos amenazadores.

Corrí por un estrecho pasillo entre dos altas estanterías.

Retumbó un trueno, que pareció sacudir toda la sala.

Seguía detrás de mí. Cerca. Cada vez más cerca. Iba a cogerme, a agarrarme por detrás. Llegué al final de la estantería y titubeé, sin saber qué dirección tomar. No podía pensar. Lanzó un monstruoso rugido animal. Torcí a la izquierda y eché a correr a lo largo de la pared posterior de la sala.

Retumbó otro trueno.

—¡Oooh! —Comprendí con espanto que había cometido un error.

Un error fatal. Estaba corriendo directamente hacia el rincón, pero allí no había salida, no había posibilidad de huida.

Lanzó otro rugido tan fuerte que se sobrepuso al fragor del trueno.

Estaba atrapada. Lo sabía. Atrapada.

Lancé un grito de desesperación, continué corriendo a ciegas y choqué directamente contra el fichero.

Oí la siniestra carcajada del monstruo a mis espaldas. Sabía que había vencido.

22

Al chocar contra el fichero salieron despedidos los cajones, y un montón de fichas se desparramaron por el suelo.

—¡Noooo! —aulló el monstruo. Al principio pensé que era un grito de victoria, pero luego me di cuenta de que se trataba de un grito de protesta.

Con un gemido de horror, se agachó y empezó a recoger las fichas. Yo lo miré con incredulidad y pasé a su lado, corriendo frenéticamente. En aquel momento de terror recordé que lo que más aborrecen los bibliotecarios es que las fichas del catálogo se desparramen por el suelo. Además de monstruo, el señor Mortman era también un bibliotecario y no podía soportar que las fichas estuviesen desordenadas. Tenía que colocarlas de nuevo en su sitio antes de perseguirme.

Tardé sólo unos segundos en llegar hasta la puerta, descorrer el cerrojo, abrir y escapar al exterior, bajo la lluvia. Eché a correr por la calle, con las zapatillas salpicando en el pavimento lleno de charcos.

Cuando estaba hacia la mitad de la manzana me di cuenta de que me estaba siguiendo. Un relámpago restalló cegador a mi izquierda. Lancé un grito, sobresaltada, mientras un trueno ensordecedor hacía retemblar el suelo. Miré hacia atrás para ver a qué distancia estaba el monstruo y me detuve. Con manos temblorosas, me sequé el agua de lluvia que me nublaba la vista.

—¡Aaron! —exclamé—. ¿Qué haces aquí?

Corrió hacia mí, con los hombros encorvados para protegerse de

la fría lluvia. Jadeaba trabajosamente. Tenía los ojos desencajados.

—Yo… estaba en la biblioteca —tartamudeó, haciendo esfuerzos por recobrar el aliento—. Escondido. Lo he visto. He visto al monstruo. Lo he visto todo.

—¿Sí? —Sentí una oleada de alegría y me entraron ganas de abrazarlo.

Una súbita ráfaga de viento arrojó sobre nosotros una cortina de agua.

—¡Vamos a mi casa! —exclamé—. Cuéntaselo a mis padres. ¡Ahora tendrán que creerme!

Aaron y yo entramos corriendo en la sala de estar.

Mamá levantó la vista desde el sofá y dejó re posar sobre el regazo el periódico que estaba leyendo.

—Vais a dejar la alfombra perdida de agua —observó.

—¿Dónde está papá? —pregunté con la frente perlada de gotas de lluvia. Aaron y yo estábamos empapados de pies a cabeza.

—Aquí estoy. —Mi padre apareció detrás de nosotros. Se había cambiado la ropa de trabajo—. ¿A qué viene tanto alboroto?

—¡El monstruo! —exclamé—. El señor Mortman…

Mamá meneó la cabeza y levantó la mano para imponerme silencio, pero Aaron se apresuró a acudir en mi ayuda.

—¡Yo también lo he visto! —exclamó—. ¡Lucy no se lo ha inventado! ¡Es verdad!

Mamá y papá escucharon a Aaron. Sabía que lo harían. Él les contó lo que había visto en la biblioteca. Les contó que el bibliotecario se había convertido en monstruo y me había perseguido hasta el rincón.

Mamá escuchó atentamente el relato de Aaron.

—Supongo que la historia de Lucy es verdad —dijo cuando Aaron hubo terminado.

—Sí, supongo que sí —convino papá, poniéndome con suavidad una mano en el hombro.

—Bueno, y ahora que por fin me creéis, ¿qué vas a hacer, papá? —pregunté.

Me miró pensativo.

—Invitaremos al señor Mortman a cenar —dijo.

—¿Qué? —le miré con ojos desorbitados, mientras me corría el

agua por la cara—. ¿Qué vais a hacer? ¡Intentó engullirme! ¡No podéis invitarle aquí! —protesté—. ¡No podéis!

—No tenemos alternativa, Lucy —sentenció papá—. Le invitaremos a cenar.

23

El señor Mortman llegó pocos días después con un ramo de flores. Llevaba pantalones de un color verde amarillento y una flamante camisa deportiva amarilla de manga corta.

Mamá le dio las gracias por las flores y lo condujo a la sala de estar, donde esperábamos papá, Randy y yo. Cuando entró, yo me agarré con fuerza al respaldo de un sillón. Se me doblaban las piernas y tenía un nudo en el estómago.

¡Todavía no podía creer que papá hubiera invitado al señor Mortman a nuestra casa!

Papá dio un paso hacia delante para estrecharle la mano.

—Hace tiempo que deseábamos invitarle —le dijo, sonriendo—. Queremos darle las gracias por el excelente programa de lectura que está llevando a cabo en la biblioteca.

—Sí —intervino mamá—. Es muy importante para Lucy.

El señor Mortman me miró indeciso. Me di cuenta de que estaba observando mi expresión.

—Estoy muy contenta —dije, forzando una sonrisa por entre mis labios apretados.

El señor Mortman tomó asiento en el sofá, cogió una galletita de queso de la bandeja que le ofreció mamá y la masticó con delicadeza.

Randy se sentó en la alfombra. Yo continuaba de pie detrás del sillón, agarrando el respaldo con tanta fuerza que me dolían las manos. En mi vida había estado tan nerviosa.

El señor Mortman también parecía nervioso y se derramó un

poco de té helado sobre el pantalón.

—Es un día muy húmedo —dijo—. Este té viene de perlas.

—El trabajo de bibliotecario debe de ser muy interesante —dijo mamá, sentándose a su lado en el sofá.

Papá permanecía de pie junto a ellos.

Charlaron un rato. Mientras conversaban, el señor Mortman me lanzaba continuas miradas. Randy, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, tamborileaba con los dedos sobre la alfombra.

Mamá y papá estaban completamente relajados. En cambio el señor Mortman parecía un poco incómodo y tenía la frente perlada de sudor.

Mi estómago lanzó una especie de sonoro gorgoteo, más por nerviosismo que por hambre, aunque nadie pareció darse cuenta.

Continuaron charlando, mientras el señor Mortman se iba tomando a sorbos su té helado. Se recostó en el sofá y sonrió a mi madre.

—Han sido ustedes muy amables al invitarme. No tengo demasiadas oportunidades de degustar comidas preparadas en casa. ¿Qué hay para cenar? —preguntó.

—¡Usted! —le respondió mi padre, situándose delante del sofá.

—¿Cómo? —El señor Mortman se llevó una mano a la oreja—. Perdón, no le he oído bien. ¿Qué hay para cenar?

—¡Usted! —repitió papá.

—¡Oh! —El señor Mortman lanzó un grito ahogado y el rostro se le puso rojo. Intentó levantarse del sofá pero papá y mamá fueron más rápidos y se le echaron encima. Asomaron sus afilados colmillos y en menos de un minuto se zamparon al bibliotecario, con huesos y todo.

Randy reía alegremente. Yo sonreía divertida. A mi hermano y a mí aún no nos han crecido los colmillos, y por eso no pudimos participar en el banquete.

—Bueno, asunto resuelto —dijo mamá, poniéndose en pie y colocando en su sitio los cojines del sofá. Luego se volvió hacia Randy y hacia mí—. Es el primer monstruo que viene a Timberland Falls desde hace casi veinte años —nos explicó—, por eso hemos tardado tanto en creerte, Lucy.

—¡Os lo habéis zampado en un periquete! —exclamé.

—Dentro de unos años, tú también tendrás tus colmillos —dijo mamá.

—¡Y yo! —intervino Randy—. ¡Entonces seguro que ya no me darán miedo los monstruos!

Mamá y papá se echaron a reír. Luego mamá se puso seria.

—Os dais cuenta de por qué hemos tenido que hacerlo, ¿verdad? No podemos permitir que haya más monstruos en la ciudad. Eso aterrorizaría a todo el mundo, y no queremos que la gente se asuste y nos eche. Nos gusta vivir aquí.

Papá lanzó un sonoro eructo.

—Perdón —dijo, tapándose la boca.

Esa misma noche, poco después, Randy se hallaba ya arrebujado en su cama y yo estaba sentada a su cabecera, contándole un cuento para que se durmiese.

—… entonces el bibliotecario se escondió detrás de la alta estantería —continué con voz baja y susurrante—, y cuando el niño llamado Randy sacó un libro del estante, el bibliotecario extendió sus largos brazos, agarró al niño y…

—Lucy, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?

Levanté la vista y vi a mamá, de pie en el umbral y con el ceño fruncido.

—No quiero que asustes a tu hermano antes de dormirse —me reprendió—. Va a tener pesadillas. ¡Lucy, basta ya de historias de monstruos!



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.